



*¡El también! exclamó Oliva pali-
deciendo....*



**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO VIII.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

EL DEUDOR Y EL ACREEDOR.

El Cardenal vió medio atontado que el conde tomaba asiento en el sofá.

— ¡Pues bien! dijo este; ya que hemos renovado nuestro conocimiento, hablemos, monseñor.

— Sí, contestó el prelado, reponiéndose poco á poco; sí, hablemos de ese cobro que..... que.....

— De que os hablaba en mi cra-

ta, ¿no es verdad? vuestra Emi-
nencia desea saber.....

—Probablemente no sería mas
que un pretesto; así á lo menos lo
presumo.

—No, monseñor, era una ver-
dad, y muy grave por cierto. Ese
cobro vale la pena de efectuarse,
porque se trata de quinientas mil
libras, y quinientas mil libras son
todo un caudal.

—Caudal que me prestásteis ge-
nerosamente, exclamó el Cardenal
dejando aparecer en su semblante
una ligera palidez.

—Sí, monseñor; caudal que os
presté, dijo Bálamo; celebro mu-
cho que un príncipe tan grande
como vos tenga tan buena memo-
ria.

El Cardenal habia recibido el
golpe y sentia que un sudor frio
bajaba de su frente á sus meji-
llas.

—Creí por un momento, dijo pro-

curando sonreirse, que José Bálsamo, el hombre sobrenatural, se había llevado el crédito á la tumba, como había echado mi recibo al fuego.

— Monseñor, respondió el conde con mucha gravedad; la vida de José Bálsamo es tan indestructible como el papel que creíais convertido en ceniza. La muerte nada puede contra el elixir de la vida: el fuego nada puede contra el amianto.

— No os comprendo, dijo el Cardenal.

— Ahora lo comprendereis, monseñor; estoy seguro de que así será, dijo Cagliostro.

— ¿Y cómo?

— Reconociendo vuestra firma.

Y presentó un papel doblado al príncipe, quien aun antes de abrirlo exclamó:

— ¡Mi recibo!

— Sí, monseñor; vuestro recibo; respondió Cagliostro con una sonri-

sa, mitigada por una fria inclinacion de cabeza.

— Y sin embargo lo echásteis al fuego, y yo mismo lo ví arder.

— Es verdad que eché este papel al fuego, dijo el conde; pero ya os he dicho, la casualidad quiso, monseñor, que escribiérais en un pedazo de amianto en vez de escribir en papel comun, de modo que me he encontrado el papel intacto en los carbones consumidos.

— Caballero, dijo el Cardenal con cierta altanería, porque pensaba ver en la presentacion de aquel recibo una muestra de desconfianza: caballero, creed que aun cuando no me hubiérais presentado este papel, hubiera confesado mi deuda; por consiguiente, habeis hecho mal en engañarme.

— ¿ Yo engañaros, monseñor? Os juro que ni por asomo he tenido tal intencion.

El Cardenal meneó la cabeza.

—Me habeis hecho creer, caballero, que el papel estaba quemado.

—Para dejaros el goce tranquilo y feliz de las quinientas mil libras, respondió á su vez Bálamo con un ligero movimiento de hombros.

—Pero en fin, caballero, repuso el Cardenal; ¿cómo es que me habeis dejado en la pacífica posesion de esta cantidad durante diez años?

—Sabia yo muy bien en dónde la habia colocado, monseñor. Los sucesos, el juego, los ladrones me han ido despojando sucesivamente de todos mis bienes; pero sabiendo que tenia seguro ese dinero, he tenido paciencia y he esperado hasta el último momento.

—¿Y el último momento ha llegado ya?

—¡Ay! sí, monseñor.

—¿De modo que ya no podeis esperar mas?

—Imposible, respondió Cagliostro.

—¿Y, venis á pedirme el dinero?

—Sí, monseñor.

—¿Y lo quereis hoy?

—Si teneis la bondad....

El Cardenal guardó silencio por un rato, lleno de desesperacion.

Despues con voz alterada, dijo:

— Señor conde, los pobres príncipes de la tierra no improvisan caudales como vosotros los encantadores, que teneis á vuestra disposicion á los espíritus de las tinieblas y de las luces.

— ¡Oh! monseñor, hacedme el favor de creer que yo no os hubiera pedido esa cantidad, á no saber de antemano que la teníais.

— Yo tengo quinientas mil libras, ¡yo! exclamó el Cardenal.

— Treinta mil libras en oro, diez mil en plata y lo demas en bonos de caja.

El Cardenal perdió el color.

—Los cuales están en aquel armario de Boule, continuó Cagliostro.

—¡Cómo! ¿Sabeis?...

—Sí, monseñor; y sé también cuántos sacrificios habeis tenido que hacer para reunir esa cantidad: hasta he oído decir que habeis pagado por dos veces el valor de ese dinero.

—¡Oh! es verdad.

—Pero....

—Pero.... exclamó el desdichado príncipe.

—Pero yo, monseñor, continuó Cagliostro, he estado por espacio de diez años y lo menos veinte veces, á punto de morir de hambre ó de dificultades al lado de ese papel que valia para mí medio millón, y sin embargo por no molestaros, he preferido esperar. Creo, pues, monseñor, que en esa materia casi estamos en paz.

—¿En paz, caballero? exclamó el príncipe; ¡oh! no digais eso pues os queda la ventaja de haberme prestado tan generosamente una cantidad de tanta importancia: ¡en paz! ¡No, no! os vivo y os viviré siempre reconocido. Solo sí os pregunto, señor conde, ¿por qué vos, que en diez años podiais habermelo pedido tantas veces, habeis guardado silencio hasta ahora? ¡En esos diez años he tenido mil ocasiones en que podéroslo devolver sin dificultad!

—¿Y hoy?... preguntó Cagliostro.

—Hoy, no os lo niego, exclamó el príncipe; hoy la restitucion que exigís...- ¿no es esto?

—¡Ay! monseñor.

—¡Bueno! Pues hoy la restitucion que exigís me trae graves perjuicios.

Cagliostro movió la cabeza y los hombros de tal modo que parecia decir: ¿Qué quereis, monseñor? ¡Có-

mo ha de ser!

—Pero vos, que todo lo adivináis, exclamó el principe; vos, que sabeis leer en el fondo de los corazones, y aun en el fondo de los armarios, lo cual es algunas veces peor, ¿no alcanzáis á comprender por qué estimo tanto ese dinero, y cuál es el uso misterioso y sagrado á que lo destino?

—Os equivocais, monseñor, dijo Cagliostro con tono glacial; mis secretos me han ocasionado bastantes malos ratos, desengaños y miserias, para que me meta en los negocios agenos, á no ser que me interesen. Me interesaba saber si teníais ó no teníais dinero, porque me veia en la necesidad de pedirós la devolucion de ese dinero, y sabiendo que lo teníais, poco me importaba lo demas. Por otra parte, monseñor, si yo supiera en este momento la causa de vuestros reveses, quizás me parecería muy grave y en

tal manera digna de respeto, que tendría la debilidad de contemporizar todavía, lo cual en las actuales circunstancias, os lo repito, me causaría muy grandes perjuicios; prefiero, pues, ignorarla.

— ¡Oh! caballero, exclamó el Cardenal, cuyo orgullo y susceptibilidad hirieron estas últimas palabras; no creais que trato de comprometeros al hablar de las dificultades con que lucho; vos teneis vuestros intereses; ellos están representados y garantidos por este billete que está firmado por mí; con esto basta. Voy á entregaros vuestras quinientas mil libras.

Cagliostro se inclinó.

— Bien sé, continuó el Cardenal devorado por el dolor de perder en un minuto el dinero que con tanto trabajo habia reunido, bien sé, caballero, que el recibo no es mas que una confesion de la deuda, y que no fija vencimiento para el pago.

—Vuestra Eminencia tendrá la bondad de dispensarme, replicó el conde; yo me he referido al contenido de ese papel, y veo aquí escrito:

«He recibido de Mr. José Bálamo la cantidad de quinientas mil libras, que le pagaré á la primera vez que me las pida.

Firmado : LUIS DE ROHAN.»

El Cardenal se estremeció : no solo se habia olvidado de la deuda, sino tambien los términos en que la habia contraído.

—Ya veis, monseñor, continuó Bálamo, que no pido un imposible. ¡No podeis ganar, enhorabuena! Pero siento en verdad que se olvide vuestra Eminencia de que esta cantidad fue entregada por José Bálamo espontáneamente, en una hora suprema, ¿y á quien? á Mr. de Rohan, á quien no conocia. Me pa-

rece que este modo de proceder es propio de un gran señor, y que siendo Mr. de Rohan bajo todos conceptos un gran señor, pudiera haber imitado la misma conducta al devolverla. Pero supuesto que no pensais del mismo modo, no hablemos mas del asunto; recojo mi billete. Adios, monseñor.

Y Cagliostro dobló con mucha frialdad su papel, y se apresuró á metérselo en el bolsillo.

El Cardenal le detuvo.

—Señor conde, le dijo, un Rohan no consiente que nadie le dé lecciones de generosidad: por lo demas aqui se trataria solamente de una cuestion de providad. Caballero, dadme el recibo para pagarlo.

Cagliostro estuvo un rato como vacilando.

Y en efecto, parecia que el rostro pálido, hinchados ojos y temblorosa mano del Cardenal, lo movian á compasion.

El Cardenal, á pesar de su altivez, comprendió este buen pensamiento de Cagliostro, y aun esperó que le tuviese buen resultado.

Pero de repente se endureció la mirada del conde, pasó una nube por sus fruncidas cejas, y tendiendo la mano, presentó el billete al Cardenal.

Mr. de Rohan, herido en el corazón, no vaciló un instante; se acercó al armario de que le habia hablado Cagliostro, y sacó un lio de billetes; luego presentó al conde muchos sacos de monedas de plata; y en fin, abrió un cajon lleno de monedas de oro, y dijo:

—Señor conde, ahí teneis vuestras quinientas mil libras: ahora solo os debo doscientas cincuenta mil por los intereses que estas han devengado; siempre que no querais admitir el interés compuesto que haria mi deuda mucho mas considerable todavia. Voy á mandar á mi ad-

ministrador que haga las cuentas, y á daros garantías de este pago, rogándoos entre tanto que tengais la bondad de concedernos un plazo.

— Monseñor, repuso Cagliostro, he prestado quinientas mil libras á Mr. de Rohan, y Mr. de Rohan me debe quinientas mil libras y nada mas, pues si hubiera deseado cobrar los intereses los hubiera estipulado de antemano. Mandatario ó heredero ó lo que querais de José Balsamo, yo no debo recibir mas cantidad que la confesada en el recibo; vos me la pagais, yo la recaudo y os doy las gracias. Tomo, pues, monseñor, los billetes, y como necesito absolutamente toda la suma en el dia de hoy, enviaré por el oro y la plata, suplicándoos que la tengais lista para cuando vengan á recojerla.

Y al pronunciar estas palabras, á las que nada tuvo que oponer el Cardenal, Cagliostro se metió el lio de billetes en el bolsillo, saludó con

respeto al principe, en cuyas manos dejó el recibo, y salió.

—La desgracia es únicamente para mí, murmuró Mr. de Rohan así que se quedó solo, pues la Reyna tiene fondos y puede pagar, sin temer que vaya inesperadamente otro José Bálsamo á reclamarle un atraso de quinientas mil libras.

CUENTAS CASERAS.

Era la víspera del día en que la Reyna tenía que satisfacer el primer pago. Aun no había cumplido su palabra Mr. de Calomne. El Rey no había firmado sus cuentas.

El ministro había tenido mucho que hacer y no se había acordado de la Reyna, quien por su parte creía que no era digno de ella el refrescar la memoria de su ministro

de hacienda: esperaba que este realizaria su promesa.

Sin embargo, ya empezaba á inquietarse y á tomar informes y buscar medios de hablar con Mr. de Calomne sin comprometer su carácter de Reyna, cuando llegó á sus manos la siguiente esquila del ministro:

«Esta noche quedará firmado en el consejo el negocio de que V. M. me ha hecho la honra de encargarme; mañana por la mañana estarán los fondos en poder de V. M.

María Antonieta recobró toda su alegría y no pensó ya en nada mas, ni aun en aquel dia siguiente tan tardio en llegar.

Buscó en sus paseos las calles de árboles mas solitarios, como para aislar sus pensamientos y separarlos de todo contacto material y mundano.

Aun se estaba paseando con Mad. de Lamballe y el conde de Artois,

que se habia reunido con ella, cuando entró el Rey en su consejo despues de comer.

El Rey estaba de bastante mal humor. Los asuntos de Rusia tenian mal aspecto. En el golfo de Leon se habia perdido un navío. Algunas provincias se negaban á pagar el impuesto. Un hermoso *mapamundi* adornado y barnizado por el mismo Rey, se habia abierto con el calor, y la Europa se hallaba dividida en dos partes por los treinta grados de latitud y cincuenta y cinco de longitud. S. M. ponía mala cara á todo el mundo, aun á Mr. de Calomne.

En vano le presentó este con semblante risueño su hermosa cartera perfumada. El Rey, silencioso y macilento, se puso á cechar en un pedazo de papel blanco líneas cruzadas que significaban tempestad, como los ginetes y caballos significan buen tiempo.

El Rey solía dibujar mientras es-

taba en consejo. Luis XVI era tímido, no le gustaba mirar á las personas á la cara, y una pluma colocada en su mano le daba seguridad y firmeza. Mientras que de este modo se entretenia, podia el orador esponer sus argumentos, y el Rey, lanzando furtivas miradas, observaba las del orador lo bastante á lo menos para no echar nunca en olvido al hombre, al juzgar sus ideas.

Hablaba él, y hablaba bien, porque el dibujo que tenia entre manos quitaba á su discurso toda la parte jactanciosa, y aun gesticular; mas aun, podia interrumpir su discurso ó acalorarse en él, porque las líneas que echaba en su papel reemplazaban en caso necesario la parte de adorno que faltaba á sus palabras.

El Rey tomó, pues, la pluma, segun su costumbre, y los ministros empezaron la lectura de los pro-

yectos ó de las notas diplomáticas.

El Rey escuchó sin interrumpir á nadie todo cuanto se leyó, y dejó pasar la correspondencia extranjera, como si nada entendiera en la materia.

Pero cuando se llegó al pormenor de las cuentas del mes, levantó la cabeza.

Mr. de Calomne acababa de abrir una memoria relativa al proyecto de empréstito para el año siguiente.

El Rey se puso á hacer líneas á toda prisa.

—Empréstitos y mas empréstitos, dijo, sin saber cómo se han de pagar: mirad que es un problema bastante difícil, Mr. de Colomne.

—Señor, un empréstito es una sangría que se le hace á un manantial; el agua desaparece de un lado para irse por otro; y hay mas aun, se aumenta considerablemente con las aspiraciones subterráneas.

En lugar de preguntar: ¿cómo pagaremos? no valdria mas preguntar: ¿sobre qué garantías alzaremos el empréstito? Porque el problema no está en saber cómo se pagará, sino en inquirir si se podrán hallar acreedores.

El Rey siguió haciendo líneas cruzadas mas anchas y mas negras que las otras; pero sin añadir una palabra: aquellas cruces hablaban mas que él.

Despues de haber espuesto su plan Mr. de Calomne con aprobacion de sus colegas, el Rey tomó el proyecto y lo firmó, aunque suspirando.

—Ya que tenemos dinero, dijo Mr. de Calomne sonriéndose, gastemos.

El Rey, hizo una mueca, miró al ministro, y echó un gran borron en el papel.

El ministro le entregó un estado compuesto de pensiones, gratifi-

caciones, donativos y sueldos. El trabajo era corto, y estaba bien espuesto: el Rey lo ojeó y miró la última página buscando el total.

— ¡Un millon y cien mil libras solamente para eso! exclamó; ¿cómo es eso?

Y dejó la pluma á un lado.

— ¡Señor! leed, leed y observareis que en el millon y cien mil libras hay quinientas mil libras en una sola partida.

— ¿En cuál, señor ministro?

— ¡En el anticipo que se hace á S. M. la Reyna.

— ¡A la Reyna! exclamó Luis XVI..... ¡quinientas mil libras á la Reyna! ¡oh! caballero, es imposible!

— Perdonad, señor: la cantidad es exacta.

— ¡Quinientas mil libras á la Reyna! repitió el Rey. Aquí debe de haber alguna equivocacion. En la última semana..... no, en la última

quincena mandé pagar un trimestre á S. M.

—Señor, si la Reyna ha tenido necesidad de dinero (y bien sabe todo el mundo el uso que de él hace S. M.), nada tiene de particular que....

—¡No! ¡no! exclamó el Rey, que conoció cuán necesario le era hablar de economía y proporcionar algunos aplausos á la Reyna cuando fuera al teatro de la Opera: ¡la Reyna no quiere ese dinero, Mr. de Calomne! La Reyna me ha dicho que un navío vale mas que algunas joyas. La Reyna cree que si la Francia presta grandes cantidades para alimentar á sus pobres, los ricos debemos prestar á la Francia. Si la Reyna necesita de ese dinero, mayor mérito será el suyo al esperar, yo os aseguro que la Reyna esperará.

Los ministros aplaudieron mucho este rasgo patriótico del Rey, rasgo que el divino Horacio no hubie-

ra llamado *Uxorius* en aquel momento.

Solamente Calomne, que sabia el apuro de la Reyna, fue quien insistió en que no se borrara la partida.

—En verdad, dijo el Rey, que os interesais por nosotros mucho mas que nosotros mismos. Tranquilizaos, Mr. de Calomne.

—La Reyna, señor, me acusará de poco celoso en las cosas que atañen á su servicio.

—Yo os defenderé.

—La Reyna jamás pide, señor, á no ser que la necesidad le obligue á ello.

—Las necesidades de la Reyna, por grandes que sean, no serán tan imperiosas como las de los pobres: y ella será la primera en convencerse de esta verdad.

— ¡ Señor !

—No hablemos mas sobre este asunto, dijo el Rey con resolu-

cion.

Y volvió á coger la pluma.

—¿Borraís ese crédito, señor? dijo consternado Mr. de Calomne.

—Lo borro, contestó Luis XVI magestuosamente; y me parece que oigo desde aqui la generosa voz de la Reyna, en que me dá las gracias por haber comprendido tan bien las intenciones de su buen corazon.

Mr. de Calomne se mordió los labios. Luis, contento con aquel sacrificio personal y heróico, firmó todo lo restante con la mejor y mas ciega buena fé.

Y dibujó una hermosa cebra rodeada de ceros, diciendo repetidas veces:

—He ganado esta noche quinientas mil libras · he hecho una accion digna de un Rey: dad, Calomne, esta noticia á la Reyna, y ya vereis, ya vereis.

—¡Ah! ¡Dios mio! murmuró el

ministro; sentiria mucho, señor, el privaros de la alegria que os debe causar esa esplicacion. A cada uno segun sus méritos.

—Bien, repuso el Rey; levantemos la sesion: basta con una empresa cuando ella es buena. ¡Hola! ahí viene la Reyna; ¿vamos á salirle al encuentro, Calomne?

—Señor, pido á V. M. que me dispense: tengo que ir á la firma.

Y se retiró cuanto antes por el corredor.

El Rey se acercó decidida y abiertamente á María Antonieta, que cantaba en el vestibulo, apoyada en el brazo del conde de Artois.

—Señora, la preguntó, ¿qué tal? ¿habeis dado un buen paseo?

—Escelente, señor; y vos, ¿qué tal habeis trabajado?

—Calculadlo por lo que voy á decir: he ganado quinientas mil libras.

—Calomne ha cumplido su pala-

bra, dijo la Reyna para sí.

—Figuraos, añadió Luis XVI que Calomne os habia abierto crédito de medio millon.

—¡Oh! dijo María Antonieta sonriéndose.

—Y yo..... lo he borrado. Ahí teneis quinientas mil libras ganadas con solo una plumada.

—¿Cómo? ¡borrado! dijo la Reyna perdiendo el color.

—Ni mas ni menos: vereis cuánto vais a ganar con eso. Buenas noches, señora, buenas noches.

—¡Señor, señor!

—Tengo mucho apetito, y me retiro. ¿No es verdad que he ganado muy bien la cena?

—¡Soñor, escuchad!

Pero Luis XVI dió un brinco y se echó á correr, alegre por dar aquella broma, y dejando á la Reyna muda, atónitada y consternada.

—Hermano mio, mandad que me busquen á Mr. de Calomne, dijo por

fin al conde de Artois : alguna jargarreta hay en esto.

Precisamente en aquel momento entregaron á la Reyna la siguiente esquila del ministro :

—«Ya habrá sabido V. M. que el Rey ha derogado el crédito. Es una cosa tan incomprensible, señora, que me he retirado del consejo enfermo y lleno de sentimiento.»

—Leed, dijo la Reyna a su hermano entregándole el billete del ministro.

—Y aun hay quien diga, hermana mia, que dilapidamos el tesoro, exclamó el príncipe ; ese modo de proceder es.....

—Propio de un marido, balbuceó la Reyna. Adios, hermano mio.

—No puedo menos de daros el pésame, hermana mia, al paso que me alegro de saberlo, porque ya tenia dispuesto pedir mañana.

—Que vayan en busca de Mad. de la Motte, dijo la Reyna á Mad.

de Misery, despues de haber reflexionado un larguísimo rato; que la busquen por donde quiera que esté, y que venga inmediatamente.

MARÍA ANTONIETA REYNA. JUANA DE
LA MOTTE MUGER.

El correo que se mandó á Paris en busca de Mad. de la Motte , halló á la condesa , ó mejor dicho , no la halló en casa del Cardenal de Rohan.

Juana habia ido á visitar á su Eminencia , habia comido en su casa y estaba allí cenando y hablando con él acerca de la mal avenida restitucion , cuando el correo llegó á preguntar si se hallaba la condesa en casa de Mr. de Rohan.

El suizo, como hombre hábil, respondió que su Eminencia habia salido, y que Mad. de La Motte no estaba allí; pero que era fácil darle la razon que la Reyna le enviaba, porque debia volver aquella misma noche.

—Que vaya á Versalles lo mas pronto que pueda, dijo el correo; y siguió su camino sembrando el aviso por todos los domicilios presuntos de la nómada condesa.

Pero apenas se marchó el mensajero, el suizo, cumpliendo sin ir muy lejos su cometido, mandó á su muger que subiese á decírselo á Mad. de La Motte, que estaba en las habitaciones del Cardenal, donde ambos sócios filosofaban acerca de la inestabilidad de las grandes cantidades de dinero.

En seguida que oyó la condesa el aviso, comprendió que era urgente la marcha; pidió un par de caballos al Cardenal, quien la de-

jó instalada en una berlina, y mientras que él hacia grandes y muchos comentarios sobre aquel mensaje, la condesa corria tan perfectamente que en menos de una hora se puso á la puerta del palacio.

Una persona que la esperaba la introdujo inmediatamente adonde se hallaba María Antonieta.

La Reyna estaba en su cámara, y como se habia acabado ya el servicio nocturno, no habia en aquella habitacion ninguna persona, á no ser Mad. de Misery, que estaba leyendo en el tocador.

María Antonieta bordaba, prestando inquieto oido á cuantos rumores escuchaba, cuando Juana se mostró rápidamente á su presencia.

—¡ Ah ! exclamó la Reyna : ¿ habeis llegado ? me alegro mucho , mucho. Tengo que daros una noticia, condesa.

—¿ Y es buena , señora ?

—Decidlo vos. El Rey ha nega-

do las quinientas mil libras.

—¿A Mr. de Calomne?

—Y á todo el mundo. El Rey no quiere dar mas dinero. Esto no le pasa á nadie mas que á mí.

—¡Dios mio! murmuró la condesa.

—Parece increíble; ¿no es verdad, condesa? Negar, borrar la cantidad ya propuesta. En fin, no hablemos de lo que ya no tiene remedio: vais á volver inmediatamente á Paris.

—Bien, señora.

—Y á decir al Cardenal, supuesto que con tanta abnegacion trata de agradarme, que acepto sus quinientas mil libras hasta el próximo trimestre. Esto quizás será egoista, pero es necesario.

—¡Ay! señora, murmuró Juana; estamos perdidos. El señor Cardenal no tiene ya dinero..... sé que abuso, pero.....

La Reyna dió un salto como si

acabasen de hacerle una herida ó de decirle un insulto.

—No.... dinero.... balbuceó.

—Señora, ha ido á ver á Mr. de Rohan un acreedor que ni aun creía que existiera, y como se trataba de una deuda de honor, la ha pagado.

—¿Quinientas mil libras?

—Sí, señora.

—Pero....

—El último dinero que le quedaba.... ¡Ya no tiene recurso ninguno!

La Reyna se quedó como aturrida al saber aquella desgracia.

—¿Pero estaré soñando? dijo. ¿Es á mí á quien pasan todas estas cosas? ¿Cómo sabeis eso, condesa? ¿Cómo sabeis que Mr. de Rohan no tiene dinero?

—Porque hace hora y media que me lo ha contado, señora; y el desastre es tanto menos fácil de reparar, cuanto que las quinientas mil libras eran lo que se llaman el fon-

do de su caja.

La Reyna dejó caer la cabeza entre sus manos, y despues dijo:

—Es necesario tomar un gran partido.

—¿Qué hará la Reyna? dijo Juana para sí.

—Ya lo veis, condesa; esa leccion es terrible y me castiga por haber hecho á espaldas del Rey una accion de mediana importancia, de mediana ambicion ó de mediano coquetismo. Convenid en que para nada necesitaba yo de ese collar.

—Es verdad, señora; pero si una Reyna hiciera las cosas por necesidad ó por gusto...

—Ante todo, quiero hacer lo que convenga á mi tranquilidad y á la dicha de mi familia. Con este lance me basta para comprender con certeza á cuántos malos ratos iba á esponerme, y cuán fecundo en desgracias era el camino que habia escogido. Renuncio al collar. Proce-

damos con franqueza , libertad y sencillez.

— ¡ Señora !

— Y para empezar sacrifiquemos la vanidad en el altar del deber, como hubiera dicho Mr. Dorat.

Despues, dando un suspiro, murmuró:

— ¡ Ay ! ¡ ese collar era sin embargo tan hermoso !

— Y lo es todavía, señora, repuso Juana, y es dinero contante.

— De aqui en adelante no será mas para mí que un monton de piedras. Con las piedras se hace, cuando ya se ha jugado con ellas, lo que hacen tambien los muchachos despues de haber jugado; tirarlas, ó no volverse á acordar de ellas.

— ¿ Qué quiere decir la Reyna al decirme eso ?

— La Reyna quiere decir, querida condesa, que vais á tomar la cajita que ha traído Mr. de Rohan..... y llevársela á los señores

joyeros Bøehemer y Bossange.

— ¿Para devolvérsela?

— Precisamente.

— Pero señora, V. M. ha dado en prenda doscientas cincuenta mil libras.

— Esas doscientas cincuentas mil libras me gano ademas, condesa; asi adelantaré al mismo paso que el Rey en materia de cuentas.

— ¡Señora! ¡señora! exclamó la condesa: ¡perder de ese modo la cuarta parte de un millon! porque puede muy bien suceder que los señores joyeros pongan dificultades á la devolucion de fondos, de los que tal vez habrán dispuesto ya.

— Cuento con ello y les dejo la prenda con tal de que se rompa el contrato. Desde que se me ha ocurrido esta idea, me siento mas libre, condesa. Los cuidados, las tristezas, los temores y las sospechas, vinieron á instalarse aqui al mismo tiempo que vino ese collar. Jamás

hubieran tenido esos diamantes bastante fuego para secar las lágrimas que caen sobre mí como si vinieran de densas nubes. Condesa, llevaos esa cajita inmediatamente; los joyeros hacen un buen negocio: doscientas cincuenta mil libras de adeala es una ganancia soberbia; eso iban á ganar con la venta, y eso mismo ganan ahora, quedándose además con el collar. Creo que no se quejarán, y que nadie sabrá una palabra de esto.

—¿Pero, señora, Mr. de Rohan...

—El Cardenal no lo ha hecho mas que por darme gusto. Le direis que mi gusto es no tener el collar, y si tiene talento me comprenderá, si es buen sacerdote aprobará mi conducta y me fortalecerá en mi sacrificio.

Y mientras la Reyna decia estas palabras, presentaba la cajita á Juana, quien, rechazándola suavemen-

te, dijo:

— Señora, ¿ no valdria mas tratar de obtener un plazo ?

— ¿ Pedir ? no !

— He dicho obtener, señora.

— Pedir es humillarse, condesa: obtener es estar humillada. Concibo que pueda humillarse una persona por aquella á quien ama, ó por salvar á una criatura viva, aun cuando sea un perro; pero humillarse para tener el derecho de conservar unas piedras que arden como el carbon encendido, sin ser mas luminosas ni tan duraderas, ¡ oh ! condesa, no habrá poder humano que me haga dar semejante paso. ¡ Jamás ! llevaos la caja, amiga mia, lleváosla.

— Pero reflexionad, señora, en el rumor que harán correr los jóreros, aunque no sea mas que por política y para compadecerse de vos. Vuestra negativa será tan ruidosa como vuestra aprobacion. Todo el mundo sabrá que los diamantes han

estado en vuestro poder.

- Nadie lo sabrá. Yo nada debo á los joyeros; no los recibiré, y poco me da que digan que han ganado doscientas cincuenta mil libras: con eso mis enemigos, en lugar de acusarme por haber gastado millon y medio en diamantes, dirán solamente que tiro mi dinero al seno del comercio, lo que sin duda es mas agradable y vale mas. Llevaos, condesa, llevaos la caja y dad las gracias á Mr. de Rohan por su cortesía y buena voluntad.

La Reyna entregó la caja con un movimiento imperioso á Juana de La Motte, que no sintió aquel peso en sus manos sin experimentar cierta estraña emocion.

—No hay tiempo que perder, prosiguió la Reyna; mientras menos inquietudes sientan los joyeros, tanto mas seguras estaremos de que guardarán el secreto; idos pronto y

que nadie vea la cajita. Pasaos antes por vuestra casa, no sea que el ir directamente y á estas horas á casa de Eœhemer dé que sospechar á la policía, que sin duda trata de saber lo que pasa en mis habitaciones, y cuando háyais hecho perder la pista á la policía, id á ver á los joyeros, y recoged un recibo de ellos para traérmelo.

— Bien, señora, haré como lo mandais.

Metióse la caja debajo de la manteleta, ocultándola bien, y subió al coche con todó el celo que reclamaba la augusta cómplice de su accion.

Para obedecerla en todo, mandó que la llevasen á su casa, donde despidiendo el coche de Mr. de Rohan, para que el cochero que la habia conducido no tuviese la menor noticia de su secreto, hizo que la desnudaran y que le pusieran un vestido menos elegante y mas pro-

pio para aquella carrera nocturna.

Su camarera la vistió rápidamente, y observó que durante esta operacion estaba la condesa pensativa y distraida, cosa que estrañó, porque toda muger de corte pone sus cinco sentidos en un acto semejante.

Juana en verdad no pensaba en su tocado, y dejaba que la vistiera como se les antojara, porque tena fijo todo su pensamiento en una idea estraña que la ocasion le inspiraba.

Preguntábase á sí misma si no cometia una gran falta el Cardenal en dejar que la Reyna devolviese aquella joya, y si una vez cometida esta falta, no seria ella un descalabro para los planes que Mr. de Rohan queria realizar, siendo en cierto modo confidente de la Reyna.

Obedecer las órdenes de la Reyna sin consultar con Mr. de Rohan, ¿no era faltar á los prime-

ros deberes de la asociación? Aunque se habian apurado sus recursos, ¿no querria el Cardenal venderse á sí mismo antes que dejar privada á la Reyna de un objeto que habia deseado?

—No hay mas remedio, dijo para sí Juana; debo consultar al Cardenal.

— ¡Un millon y cuatrocientas mil libras! añadió: ¡jamás tendrá él semejante cantidad!

Y luego, volviéndose repentinamente hácia su camarera, le dijo:

— Idos, Rosa.

La camarera obedeció, y Mad. de La Motte continuó su monólogo mental.

— ¡Cuánto dinero! ¡qué riqueza! ¡qué vida! ¡y qué bien representada está toda la felicidad y magnificencia que semejante riqueza proporciona, qué bien representada está en la serpiente de piedras que echa llamas dentro de este cajon!

Y lo abrió y se abrasó los ojos al mirar sus flamígeros reflejos: sacó el collar, hizo correr los diamantes por sus dedos, y los encerro en sus pequeñas manos, diciendo:

— Un millon cuatrocientas mil libras están aquí: sí, un millon cuatrocientas mil, porque este collar vale todo ese dinero, y los joyeros pagarian por él hoy mismo esa cantidad.

; Caprichos del destino! Juana de Valois, muger mendiga, muger oscura, ha tomado de su mano, de la mano de una Reyna, de la primera mano del mundo, y tiene en las suyas, es verdad que solamente por uua hora, la cantidad de un millon cuatrocientas mil libras, cantidad que jamás anda sola en el mundo; que va siempre escoltada por fuerza armada ó por garantías, que en Francia no pueden ser menores que las que dan un Cardenal y una

Reyna.

¡Y todo esto se halla entre mis dedos!... ¡Qué cosa á un mismo tiempo tan pesada y tan ligera!

Para llevar en ese precioso metal, que llaman oro, el equivalente de este collar, serian necesarios un par de caballos; para llevarlo en billetes de banco... ¿Y acaso, se pagan siempre los billetes de banco? ¿No necesitan señas, contraseñas y firmas? Y ademas, un billete es papel y pueden destruirlo el fuego, el aire ó el agua: un billete de banco no tiene curso en todos paises; manifiesta su origen, espresa el nombre de su autor: algunas veces pierde parte de su valor, y aun su valor entero. Los diamantes, por el contrario, son de una materia dura, que á todo resiste y que todo hombre conoce, aprecia, admira, y compra en Lóndres, en Madrid, en Berlin, y hasta en el mismo Brasil. Todos alcanzan á comprender el va-

lor de un diamante, sobre todo si son del corte y de las aguas de los que hay aquí. ¡Son hermosos! ¡admirables! ¡qué soberbio conjunto forman! Pues, y separados? ¡Cada uno de ellos vale quizás, separadamente y en proporción, mas que todos juntos!

Mas ¿á qué pensar en estas cosas? dijo de repente: decidámonos pronto, ó bien á ver al Cardenal, ó bien á devolver el collar á Bøhemer, como la Reyna me ha encargado.

Y se levantó sin soltar de la mano los diamantes, que se calentaban y resplandecian.

—Volverán otra vez, exclamó, á la casa del joyero, que los pesará y pulirá con su cepillo, cuando pudieran brillar en el seno de María Antonieta..... Bøhemer se quejará al pronto; pero luego se tranquilizará, pensando en que tiene una buena ganancia y se queda con la

mercancía. ¡Ah! ¡ya se me olvidaba! ¿En qué términos se deberá redactar el recibo del joyero? Es cosa bastante grave: hay que emplear en ello una gran dosis de diplomacia: es menester que el escrito no comprometa á Bœhemer, á la Reyna, al Cardenal ni á mí.

Jamás me atreveré á redactar por mí sola semejante documento: necesito de una persona que me aconseje.

El Cardenal.... ¡oh! no. Si el Cardenal me amase mas, ó fuese mas rico y me diese los diamantes....

Mad. de La Motte se sentó en el sofá, con los diamantes enrollados en su mano, con la cabeza ardiendo y toda llena de pensamientos confusos, que á veces la espantaban, y que rechazaba con febril energía.

A poco su mirada apareció mas tranquila, mas fija, mas detenida en

un solo pensamiento: no notaba que los minutos corrian y que todo tomaba en ella un aplomo inalterable; que semejante á los nadadores que ponen el pie en el fango de los rios, cada movimiento que hacia para desprenderse, le hundia mas y mas. Una hora pasó en aquella muda contemplacion de un objeto misterioso.

Transcurrida se levantó con lentitud, pálida como la sacerdotisa inspirada, y llamó á su camarera.

Eran las dos de la madrugada.

—Buscadme un coche de alquiler, le dijo y si no lo hay, aunque sea una c arreta.

La criada halló un coche de alquiler que estaba en la calle vieja del Temple.

Mad. de La Motte subió sola y despidió á su camarera.

Diez minutos despues paraba el coche á la puerta del folletista R taud de Villette.

EL RECIBO DE BOEHEMER Y LA DE-
CLARACION DE LA REYNA.

Hasta el dia siguiente no apareció el resultado de la visita nocturna al folletista Retaud de Villette.

Mad. de La Motte hizo llegar á las siete de la mañana á manos de la Reyna una carta en que iba incluido el recibo de los joyeros, el cual estaba estendido en esta forma:

«Los abajo firmados, declaramos que ha vuelto á nuestro poder el

collar vendido á la Reyna en la cantidad de un millon seiscientas mil libras, por no haber gustado los diamantes á S. M., quien nos ha compensado los pasos y desembolsos que teníamos hechos, con la suma de doscientas cincuenta mil libras que ha entrado en nuestra caja.

Firmado: BOEHEMER Y BOSSANGE.»

Tranquila entonces la Reyna en punto al negocio que por tanto tiempo la habia estado atormentando, guardó el recibo en su gabeta y no volvió á pensar mas en el asunto.

Mas por una estraña contradiccion con aquel billete, los joyeros Bøehemer y Bossange recibieron dos dias despues la visita del Cardenal de Rohan, á quien tenia inquieto el pago de la primera cantidad convenida entre los vendedores y la Reyna.

Mr. de Rohan halló á Bøehemer en su casa del muelle de la Escue-

la; calculaba que espirando aquella mañana el primer plazo, el menor retardo ó la menor negativa debía tener en alarma á los joyeros.

Sucedía no obstante lo contrario: en casa de Bœhemer había la mayor tranquilidad y Mr. de Rohan se alegró mucho de ver á los criados con buen semblante, y con despiertas orejas y empinado rabo al perro de la casa. Bœhemer mismo le recibió con muestras de gran satisfaccion.

—Veamos, le dijo el Cardenal; hoy ha espirado el plazo convenido para el primer pago. ¿Se ha realizado?

—Aun no, monseñor, respondió el joyero, S. M. no ha podido dar dinero: ya sabeis que el Rey no ha querido firmar el proyecto de Mr. de Calonne; es cosa de que todos hablan.

—Sí, todo el mundo, Bœhemer,

y esa negativa del Rey es la que me ha hecho venir.

—Pero S. M., continuó el joyero, obra en el asunto con la mejor buena fe, insiste en su desco, y viendo que no puede pagar, nos ha garantizado la deuda, que era todo lo que podíamos pedir.

—¡ Ah! mejor es eso, respondió el Cardenal: decís que os ha garantizado la deuda; eso es muy bueno; ¿pero, cómo?...

—Del modo mas sencillo y delicado, repuso el joyero: de un modo verdaderamente régio.

—¿ Por medio de la bellísima condesita?

—No, monseñor, no, Mad. de La Motte no se ha intervenido en el asunto, y eso es lo que mas nos ha agradado, tanto á Bossange como á mí.

—¿ No ha venido? Pues creed, Bøhemer, que la condesa tiene algo que ver en este asunto; y tan-

tó, cuanto que toda buena idea nace de ella. Por supuesto, que nada le quito á S. M.

— Juzgue monseñor si la Reyna se ha mostrado buena y delicada con nosotros. Habíase esparcido el rumor de que el Rey se habia negado á conceder las quinientas mil libras, y con este motivo escribimos á Mad. de La Motte.

— ¿Cuándo?

— Ayer, monseñor.

— ¿Y qué respondió?

— ¿No sabe nada vuestra Eminencia? dijo Bøehemer con cierta vaga y respetuosa familiaridad.

— No; hace ya tres dias que no tengo la honra de ver á la señora condesa, respondió el príncipe como verdadero príncipe.

— Pues bien; Mad. de La Motte nos dió por toda respuesta esta sola palabra: ¡*Esperad!*

— ¿Por escrito?

— Verbalmente, monseñor. En

nuestra carta rogábamos á Mad. de La Motte que os pidiese una audiencia, y que advirtiese á la Reyna que estaba para vencer el primer plazo.

La palabra *esperad* era naturalísima en ese caso, respondió el Cardenal.

— Esperamos, pues, monseñor, y anoche recibimos por un correo misterioso una carta de la Reyna.

— ¿Una carta? ¿Para quién? ¿Para vos, Bøhemer?

— O mejor dicho, un reconocimiento en toda forma, monseñor.

— Veamos, dijo el Cardenal.

— ¡Oh! yo os lo enseñaría si no hubiésemos jurado, tanto mi compañero como yo, el no enseñárselo á nadie.

— ¿Y por qué?

— Porque la misma Reyna nos ha impuesto esta reserva, monseñor: ya veis, S. M. nos encarga el secreto.

— ¡Ah! eso es otra cosa; ¡qué felices sois, señores joyeros; qué felices, supuesto que recibís cartas de la Reyna!

— Por un millon trescientas cincuenta mil libras, dijo en tono de broma el joyero, puede conseguir uno tantas cosas.....

— Sí, pero ni diez millones ni ciento pagan ciertas cosas, caballero, replicó gravemente el prelado. En fin, ¿teneis suficientes garantías?

— Cuantas son posibles, monseñor.

— La Reyna reconoce la deuda?

— Terminantemente.

— Y se obliga á pagar.....

— Dentro de tres meses, quinientas mil libras; lo demas dentro del semestre.

— ¿Y..... los intereses?

— ¡Oh! monseñor, una palabra de S. M. lo garantiza todo. «*Hagamos*, añade con mucha bondad S.

M., *hagamos este negocio entre nosotros* (ya comprende vuestra Eminencia la recomendacion), *y no tendreis motivo para arrepentiros.* ¡Y firma! ya veis, monseñor, que en este asunto está desde entonces comprometido nuestro honor.

—Ya estoy en paz con vos, señor Bøehemer, dijo gozoso el Cardenal: dentro de poco tiempo habrá otro negocio.

—Cuando vuestra Eminencia se digne honrarnos con su confianza.

—¿Pero aun en ese mismo asunto no veis la mano de la condesita?....

—Estamos muy reconocidos á Mad. de La Motte, monseñor, y hemos convenido, tanto Bossange como yo, en mostrarnos agradecidos á sus bondades, cuando el collar, lealmente pagado, entre en nuestras cajas en moneda sonante.

—¡Chist! silencio, dijo el Cardenal, no me habeis comprendido.

Y se volvió á subir á su carrosa, escoltado por los cumplimientos y cortesías de toda la casa.

Ya podemos quitar la máscara: nadie ha visto el velo sobre la estatua: al saber que iba á valerse de la pluma del folletista Reteaud de Villette contra su bienhechora todo el mundo habrá adivinado ya lo que hizo Mad. de La Motte: de aquel modo se acabarían la inquietud en los joyeros, los escrúpulos en la Reyna y las dudas en el Cardenal. Tres meses tenía Juana á su disposición para cometer aquel robo, aquel crimen; tres meses en que podían muy bien madurar los frutos para que ella pudiera cogerlos.

Juana volvió á casa de Mr. Rohan quien le preguntó cómo había soldado tales prendas la Reyna para acallar las exigencias de los joyeros.

Mad. de La Motte contestó que la Reyna había tenido confianza en

ellos, y que les habia recomendado el secreto; que una Reyna que paga tiene mucha necesidad de ocultarse; pero que mucha mayor es esta precision quando pide plazos y crédito.

El Cardenal conoció que tenia razon, y se lo dijo, preguntándole ademas si la Reyna se acordaba todavía de sus buenos deseos.

Juana le pintó de tal modo el agradecimiento de la Reyna, que Mr. de Rohan se entusiasmó mas como galan que como súbdito, y con mas orgullo que afecto.

Juana conduciendo esta conversacion al objeto que ella se habia propuesto, la terminó y resolvió volverse á su casa, abocarse con un comerciante en piedras, vender hasta cien mil escudos en diamantes, y fugarse á Inglaterra ó á Rusia, países libres, en los que podia vivir ricamente con esta cantidad, durante cinco ó seis años, al cabo de los

cuales, sin que nadie la incomodase, podria vender con gran ventaja y poco á poco, los demas diamantes.

Pero nada salió á medida de su deseo, porque apenas enseñó los primeros diamantes á dos inteligentes, las miradas de estos, su sorpresa y su reserva la espantaron. Uno ofrecia muy poco, y el otro se estasiaba delante de aquellas piedras, diciendo que no habia visto otras semejantes, á no ser en el célebre collar de Bøehemer y Bos-sange.

Juana se detuvo: un paso mas la hubiera perdido. Conoció que una imprudencia en caso semejante era la ruina y que la Reyna era el pilori ó la prision perpétua. Guardando en el sitio mas recóndito aquellos diamantes, resolvió proveerse de armas defensivas tan sólidas y de de armas ofensivas tan aceradas, que todos los obstáculos quedasen ven-

cidos casi antes de presentarse en la liza.

Vivir entre los descos del Cardenal, quien siempre andaria indagando, y la indiscrecion de la Reyna que se jactaria siempre de haber desechado la idea del collar, era un peligro terrible; solo con que la Reyna y el Cardenal pudiesen hablarse una palabra bastaria para que todo se descubriese. Juana se tranquilizó un poco al pensar que el Cardenal, enamorado de la Reyna, tendria, como todos los enamorados una venda en los ojos, y que por consiguiente caeria en todos los lazos que le tendiese la astucia bajo la sombra del amor.

Pero era menester que una mano hábil pusiera aquel lazo de tal modo que ambos cayesen en él; era menester que si la Reyna descubria el robo, no se atreviera á quejarse, y que si el Cardenal denunciaba á la detentadora, tuviera por se-

gura y cierta su propia pérdida; y en fin, era menester que aquel golpe fuese maestro, porque los dos adversarios tenían por suya toda una galería.

Juana no retrocedió: era una de esas mugeres intrépidas que llevan el mal hasta el heroísmo, y el bien hasta la maldad. Desde aquel momento no pensó mas que en una cosa: en impedir que se viesen y hablasen la Reyna y el Cardenal.

Mientras Juana se hallase presente, nada se perdería; pero si á espaldas suyas se decian una sola palabra echaban por tierra toda la suerte futura de Juana.

—No volverán á verse, dijo: no se hablarán jamás.

Sin embargo, añadía; el Cardenal querrá volver á ver á la Reyna, y procurará efectuarlo.

No esperemos á que lo procure por sí; inspirémosle ese pensamiento. Que desee verla; que lo mani-

fieste; que se comprometa manifestándolo.

Si; pero ¿y si solamente él se compromete?

Y este pensamiento la ponía en dolorosa perplejidad.

—No comprometiéndose mas que él, la Reyna tiene consigo su socorro; ¡y habla tan recio..... se dejará llevar de su carácter y....! sabe de tal manera arrancar la máscara á la ficcion.

Si Mr. de Rohan se compromete por la Reyna, estoy casi segura de que la Reyna se comprometerá por causa de Mr. de Rohan. ¡Oh! Pero que será de mí si se aproximan estos dos seres, tan interesados en descubrir el secreto.

Juana retrocedió ante la enorme roca que ella misma suspendía sobre su cabeza. ¡Vivir así, temblando, angustiada, oprimida por la perspectiva de semejante caída! era cosa terrible.

Mas, cómo evitar aquella angustia? ¡ Por medio de la fuga! ¡ Por el destierro! ¡ Trasportando á un pais extranjero los diamantes del collar de la Reyna!

¡ Huir! no era difícil: una buena silla de posta se tiene en diez horas, en el espacio de un sueño feliz de María Antonieta, en el intervalo de una comida de amigos del Cardinal, y su desayuno del siguiente dia. Que se estienda el camino á la vista de Juana, que ofrezca su piso y sus interminables recodos á las herraduras de los fogosos caballos: esto basta para que Juana se vea libre, sana y salva en diez horas.

— Pero, ¡ qué escándalo, qué vergüenza! Desaparecer, aun libre; en seguridad, pero proscripta! Juana no será ya una muger, una dama principal, sino una ladrona, una contumaz, á quien la justicia no alcanza, y sin embargo la señala; á quien

el hierro del verdugo no abrasa con su marca, porque está demasiado lejos, y no obstante la destroza y devora la opinion pública.

No, no huirá. El colmo de la audacia y el colmo de la habilidad son como las dos cimas del Atlas semejantes á los gemelos de la tierra: uno conduce al otro; los dos son iguales en valor; quien vé á uno ve á los dos.

¿Qué hacer? Para que la Reyna no pueda acusar es menester que no pueda abrir la boca; para cerrar esa boca noble y animosa es menester comprimir sus resortes con la iniciativa de una acusacion.

Nadie se atreve á denunciar ante un tribunal á un criado por haber cometido un robo, si este criado puede acusarle y convencerle de un delito tan deshonoroso como el robo.

Juana determinó tener audacia y

quedarse, aunque convencida de la imposibilidad de crear entre el Cardenal y la Reyna un terror solidario, el dia en que uno ú otro de ellos conociese que se habia cometido un robo en su intimidad.

Juana se habia preguntado cuánto podrian valerle en dos años el favor de la Reyna y el amor del Cardenal, y valuó la renta de estas dos felicidades en quinientas ó seiscientas mil libras, pues sabia que, en pos de ellas, el fastidio, la desgracia y el abandono harian espisar el favor, la boga y las satisfacciones.

—Gano en mi plan, se dijo, setecientas ú ochocientas mil libras.

Ya se verá como aquella alma profunda se perdió en la tortuosa senda, que debia concluir con la vergüenza para ella, y con la desesperacion para los otros.

—Permanecer en París, reasumió la condesa, mantenerme firme en

presencia del juego de los dos actores; no permitir que representen otro papel que el que á mis intereses convenga; escoger entre los momentos favorables el mas propicio para la fuga, bien sea una comision conferida por la misma Reyna, bien una verdadera desgracia que haga natural el alejamiento; impedir toda comunicacion del Cardenal con Maria Antonieta, he aqui la gran dificultad: porque Mr. de Rohan está enamorado, porque es príncipe, porque tiene derecho de entrar en palacio muchas veces al año, y porque la Reyna, coqueta, ávida de homenajes, y reconocida por otra parte al Cardenal, no esquivará á este su presencia si él la busca.

—Pero los acontecimientos suministrarán los medios de separar á tan augusto personage, y ayudaremos á los acontecimientos. Nada sería tan acertado ni tan diestro como escitar en la Reyna el orgullo que

corona á la castidad; no hay duda que alguna insinuacion algo viva del Cardenal ofenderia á la muger, alta-nera , delicada y susceptible; las damas parecidas á la Reyna apetecen los homenages , pero temen y rechazan los ataques.

Sí: el medio es infalible; aconsejando á Mr. de Rohan que se declare, se verificará en el espíritu de Maria Antonieta un sentimiento de disgusto, de antipatía, que alejará para siempre, no al príncipe de la princesa, sino al hombre de la muger, al varon de la hembra. De este modo habrá armas contra el Cardenal, cuyas maniobras quedarán paralizadas el gran día de las hostilidades.

Hágase, pues; pero con hacer que el Cardenal sea antipático á la Reyna, solo se trabaja contra él, se deja brillar la virtud de la Reyna; es decir, se permite desahogo á esta princesa, y aquella libertad de len-

guaje que facilita toda acusacion concediéndole el peso de la mayor autoridad.

Lo que se necesita es una prueba contra Mr. de Rohan y contra la Reyna, una espada de dos filos, que hiera á derecha é izquierda, y que corte al sacarla de la vaina.

Lo que yo quiero es una acusacion que haga palidecer á la Reyna, que haga avergonzarse al Cardenal, y que una vez acreditada, deje libre de toda sospecha á Juana, confidente de los dos principales culpables; lo que quiero es una combinacion, con la cual pueda parapetarme y decir en su dia: «No me acuseis, ú os acuso; no me perdais, pues de lo contrario os pierdo; dejadme la fortuna, y os dejo el honor.»

Esto merece buscarse, pensó la pérfida condesa, y lo buscaré: mi tiempo está pagado desde hoy.

En efecto, Mad. de La Motte se

sepultó en sus cómodos cogines inmediatos á la ventana abrasada por el sol.

que abraza el corazón al de solibam
 laudat.

Lo que se necesita es una pro-
 ba contra Mr. de Roman y contra
 la Reyna, una espada de dos filos
 que haga á la vez á la Reyna, y
 que corte al sabido de la yama.

¿Qué yo quiera en una conse-
 jon que haga palidón a la Reyna
 de que haga avergonzarse al Car-
 dinal, y que una vez acrobado,
 deje que de la espada a la Reyna,
 caida de la espada a la Reyna,

LA CAUTIVA.

Mientras que la condesa se halla-
 ba entregada á estas meditaciones,
 una escena de distinto género pasa-
 ba en la calle de San Claudio, en
 frente de la casa habitada por Juana.

Ya se acordará el lector de que
 Mr. de Cagliostro habia instalado en
 el antiguo edificio de Bálamo á la
 fugitiva Oliva, perseguida por la po-
 licia de Mr. de Crosne.

La señorita Oliva, sumamente inquieta, habia aceptado con ansia aquella ocasion de huir, tanto de la policia como de Beausire: vivia, pues, retirada, oculta y temblando en aquella morada misteriosa, que habia presenciado tantos dramas terribles, mucho mas terribles que la aventura tragi-cómica de la señorita Nicolasa Legay.

Cagliostro la habia rodeado de cuidados y de comodidades, y ella no podia menos de considerarse feliz al verse protegida por aquel gran señor, que nada pedia, aunque parecia esperar mucho.

¿Y qué era lo que esperaba? Hé aqui lo que se preguntaba inútilmente nuestra reclusa.

Para la señorita Oliva, Mr. de Cagliostro, aquel hombre que habia domado á Beausire y vencido á los agentes de policia, era un dios salvador. Tambien debia ser un amante muy amartelado, supuesto que se

portaba con el mayor respeto.

Porque es preciso conocer que el amor propio de Oliva no le permitia de que Cagliostro tuviese acerca de ella otras miras que la de convertirla algun dia en querida suya.

Es una virtud para las mugeres que carecen de todas el creer que pueda amárselas respetuosamente: el corazon que no cuenta con el amor, y con el respeto que el amor inspira, es un corazon seco, desgarrado, muerto.

Oliva comenzó por lo tanto á formar castillos en el aire en su mansion de la calle de San Claudio, castillos quiméricos, en que el pobre Beausire, preciso es confesarlo, rara vez encontraba un asilo.

Cuando por la mañana, adornada con todos los atavios que Cagliostro habia amontonado en sus gabinetes, hacia el papel de gran señora, y repasaba las diversas actitudes del de Celimines, solo vivia para aque-

lla hora en que Cagliostro se presentaba dos veces cada semana para informarse de la resignacion con que su protegida mataba el tiempo.

Entonces aquella pobre criatura, ofuscada por el lujo inteligente que reinaba en los salones, se confesaba á sí misma que todo en su vida pasada habia sido decepcion y errores, los cuales desmentian la asercion del moralista: «La virtud constituye la felicidad.» Ella decia: «La felicidad constituye necesariamente la virtud.

Por desgracia faltaba en la composicion de aquella dicha un elemento indispensable para que fuese durable.

Oliva era feliz, pero se fastidiaba.

Ni los libros, ni los cuadros, ni los instrumentos de música la habian distraido completamente: los libros no eran bastante libres para ella, ó los que lo eran habian quedado ya

devorados muy pronto: los cuadros siempre nos dicen una misma cosa, despues de haberlos examinado por primera vez. Adviértase que este no es juicio nuestro, sino de Oliva. En cuanto á los instrumentos de música, solo producen un grito, y nunca una voz, en manos del ignorante que los toca.

Forzoso es decir que Oliva no tardó en aburrirse cruelmente de su propia dicha, y muchas veces recordó, anegada en llanto, aquellas deliciosas y cortas madrugadas transcurridas en la ventana de la calle Dauphine, cuando, magnetizando la calle con sus miradas, hacia que cuantos pasaban levantasen la cabeza.

¡Y qué hermosos paseos por el barrio de San German, cuando el gracioso chapin elevaba sobre sus talones de dos pulgadas aquel pie de voluptuosa combadura! ¡Cuando cada paso de la bella era un verdadero triunfo, y arrancaba á los in-

teligentes un grito, ya de temor al verla deslizarse ligera, ya de deseo al contemplar despues del pulido pie la bien torneada pierna!

Esto es lo que pensaba la cautiva Nicolasa. Verdad es que los agentes del señor teniente de policia eran temibles, y que el hospital, donde las mugeres se consumen en una prision sórdida, no podia compararse con la cárcel efimera y espléndida de la calle de San Claudio. Pero ¿de qué le servia el ser muger y caprichosa, si no le era permitido rebelarse cuando queria contra el bien, para convertirlo en mal, aun cuando fuese en sueños?

Por otra parte, todo aparece de color melancólico al que se aburre, y Nicolasa echó de menos á Beau-sire, despues de haber echado de menos su libertad. Confesamos que nada ha cambiado en el mundo de las mugeres, desde el tiempo en que las hijas de Judá, iban á la

montaña, el día antes de su matrimonio, á llorar su virginidad.

Hemos llegado al día de luto y de abatimiento en que Oliva, privada de toda sociedad, de toda comunicacion, entraba, despues de dos semanas, en el periodo mas triste de su fastidio.

Despues de haber agotado todos los recursos, no atreviéndose á salir ni á asomarse á las ventanas, empezaba á perder el apetito material; pero no el de la imaginacion, el cual, por el contrario, iba en aumento, con arreglo á la disminucion que el otro sufría.

En aquel momento de agitacion mo al fue cuando recibió la visita, inesperada aquel día, de su protector^s Cagliostro.

Entró, segun su costumbre, por la puerta baja del edificio, dirigiéndose por el jardinillo últimamente trazado en los patios para llamar en los postigos de la habitacion ocupa-

da por Oliva.

Cuatro golpes dados por intervalos iguales era la señal convenida entre ellos para que la jóven descorriese el cerrojo que habia creído deber exigir como prenda de seguridad entre ella y un hombre provisto de llaves.

Oliva no creía que fuesen inútiles las precauciones, para conservar bien una virtud que en ciertas ocasiones le pesaba demasiado.

A la señal de Cagliostro tiró del cerrojo con una rapidez que probaba la necesidad que sentía de tener una conferencia.

Viva como una costurera de París, se adelantó á recibir á su noble carcelero, le apretó las manos, mas bien para pelizcarle que por acariciarle, y con voz irritada, ronca y breve, le dijo:

— Caballero, me fastidio, me aburro; sabedlo.

Cagliostro la miró y movió lije-

ramente la cabeza.

— ¡Os fastidiáis! contestó cerrando la puerta. ¡Oh querida niña! ese es un mal muy pícaro.

— Aquí me consumo, me muero.

— ¿De veras?

— Sí; y me acosan malos pensamientos.

— Vamos, vamos, dijo el conde apaciguándola, como lo hubiera hecho con un perrito faldero: si no estais bien aquí, no me echeis á mí la culpa, sino el señor teniente de policía, que es vuestro enemigo.

— Me exasperais con vuestra sangre fria, caballero, dijo Oliva. Mas quiero presenciar vuestra cólera que ser objeto de semejantes zalamerías, pues poseeis los medios de tranquilizarme, y esto mismo me vuelve loca de rabia.

— Confesad, señorita, que sois injusta, respondió Cagliostro sentándose lejos de ella, con una afecta-

cion de respeto ó de indiferencia que tan bien le favorecia respecto á Oliva.

—Hablais perfectamente, dijo ella, porque vais, volveis y repirais; porque vuestra vida se compone de placeres que sabeis elegir, al paso que yo vejeto es el espacio á que me habeis reducido, yo no respiro, yo tiemblo. Os prevengo, pues, caballero, que vuestra proteccion me es inútil, si no me impide morir.

— ¡Morir vos! dijo el conde sonriéndose: ¡Vaya, vaya!

—Os repito que os portais muy mal conmigo, y que habeis olvidado que amo profunda y apasionadamente á alguna persona.

— ¿A Mr. Beausire?

—Sí, á Beausire: le amo, y creo que nunca os lo he ocultado: supongo que no os habreis figurado que lo olvidaria.

—Tan poco me lo he figurado,

señorita, que he hecho grandes esfuerzos por tener noticias tuyas, y os las traigo.

— ¡ Ah! exclamó Oliva.

— Mr. Beausire, prosiguió Cagliostro, es un excelente mozo.

— Por supuesto, observó Oliva, que no veía el punto á que se la conducía.

— Joven y hermoso.

— ¿ Verdad que sí?

— De grande imaginacion.

— Y mucho fuego..... algo brutal para mí.... pero, quien bien te quiere te hará llorar.

— Hablais como un libro de oro; teneis tanto valor como talento, y tanto talento como belleza; y como yo conozco esto mismo, como me intereso en el buen éxito de los amores de mis semejantes, lo cual es mi mas fuerte manía, he pensado en acercaros á Mr. Beausire.

— Pues no teniais semejante idea hace un mes, dijo Oliva sonriéndole.

se con cierto embarazo.

—Escuchad, querida mia: cualquier hombre galante que ve á una jóven bonita, procura agradarla, si está libre de compromisos, como á mí me sucede. Sin embargo, debeis convenir en que, si algo os he manifestado, ha sido por poco tiempo, ¿eh?

—Es cierto, replicó Oliva en el mismo tono: vuestros obsequios han durado á lo mas un cuarto de hora.

—Era muy natural que yo desistiese de mis pretensiones al conocer lo mucho que amais á Mr. Beau-sire.

—Vamos, no os burleis de mí.

—De ninguna manera: habeis sabido resistir tambien...

— ¡Oh! eso sí, replicó Oliva, sumamente satisfecha por haber sido sorprendida en flagrante delito de resistencia; sí, sí, confesad que os he resistido.

—Era una consecuencia de vues-

tro amor, dijo Cagliostro con mucha flema.

—Eso quiere decir que el vuestro, repuso Oliva, no era muy tenaz.

—No soy bastante viejo ni bastante pobre para sobrellevar con paciencia los percances de una derrota ó de un desprecio, señorita; siempre me hubiérais pospuesto á monsieur Beausire; lo he conocido á tiempo, y he tomado mi partido.

— ¡Oh! Nada de eso, observó la coqueta, nada de eso: porque la famosa asociacion que me habeis propuesto, el derecho de ofrecerme el brazo, el de visitarme, el de galantearme en toda regla, ¿no revelan por ventura un resto de esperanza?

Y al pronunciar estas palabras abrasaba la pérfida con sus miradas, por largo tiempo eciosas, al interlocutor, que habia llegado sin duda á caer en sus redes.

—Lo confieso, dijo Cagliostro, tenéis una penetración á la cual nada resiste.

Al mismo tiempo fingió que cerraba los ojos para no quedar hecho cenizas por las llamas que arrojaban las miradas de Oliva.

—Ocupémonos de Beausire, dijo esta, resentida de la inmovilidad del conde. ¿Qué hace? ¿Dónde está este buen amigo?

Mirándola entonces Cagliostro con un resto de timidez, contestó:

—Ya os he dicho que deseaba reunirnos á él.

—No, no me habeis hablado de semejante cosa; mas ya que me lo insinuais, lo tengo por dicho. Proseguid. ¿Por qué no le habeis traído? Eso ¿seria obrar caritativamente, porque al fin es libre, y...

—Porque Mr. Beausire, respondió Cagliostro sin ciudarse de la ironía, es como vos; quiero decir, que po-

see mucho talento, y tiene tambien pendiente cierto asunto con la policia.

— ¡El tambien! exclamó Oliva palideciendo, por que empezaba á conocer la verdad.

— Sí, replicó Cagliostro con cortesania.

— ¿Pues; qué ha hecho? murmuró la jóven.

— Una ingeniosa picardihuela; un golpe verdaderamente admirable; pero las gentes cachazudas, como Mr. de Crosne, por ejemplo, que es hombre obtuso, si los hay, llaman á lo que ha hecho un robo.

— ¡Un robo! gritó Oliva asustada. ¡Dios mio!

— Muy bonito por cierto; lo cual prueba que á Mr. Beausire le gustan las cosas buenas.

— Señor... señor... pero, ¿está preso?

— No, pero le buscan.

— ¿Me jurais que no está pre-

so y que no corre el menor peligro?

—Puedo juraros que se halla al presente en libertad; mas en cuanto á la segunda parte, nada puedo aseguraros. Ya conocéis, querida niña, que cuando designan un hombre á la policía, esta le sigue, ó al menos trata de seguirle, y si se presenta en público Mr. Beausire, con su arrogante figura y sus conocidas prendas, sera muy fácil que llame la atención de los lebreles. Pensad, pues, en la buena pesca que se proporcionaria con él Mr. de Crosne: en primer lugar, si coje á Mr. Beausire, os coje á vos; en segundo, si os echa á vos el guante se lo echa tambien á Mr. Beausire.

Sí, sí; es preciso que se oculte bien, y yo quiero hacer lo mismo: ¡oh, caballero! alejadme de Francia; no me negueis este favor, porque ya conocéis que encerrada, opri-

mida aquí, no podré tal vez resistir al deseo de cometer el día menos pensado alguna imprudencia.

— ¿A qué llamais imprudencia, querida mía?

— A dejarme ver, á procurarme aire.

— No exageréis las cosas, pues ya estais muy pálida, y acabareis por perder vuestra preciosa salud, lo cual será causa de que Mr. Beau-sire no os ame. Tomad por lo tanto todo el aire que os convenga, y divertíos con ver pasar á la gente.

— ¡Vamos! Ya veo que estais enojado conmigo, y que tambien vais á abandonarme. ¿Os canso, os incomodo tal vez?

— ¡Estais loca! ¿Por qué me habeis de incomodar, contestó Cagliostro con glacial acento.

— Porque.... un hombre que manifiesta tener aficion á una muger; un hombre de consideracion como vos; un caballero tan apuesto como

vos lo sois, tiene el derecho de irritarse cuando se ve contrariado en sus gustos por una loca como yo. ¡Ah! no me abandoneis; no me perdais; no me mireis con odio....

Y la jóven, tan asustada entonces como provocadora habia estado antes, entrelazó su brazo al de Cagliostro.

—¡Pobrecilla! dijo este imprimiendo un casto beso en la frente de Oliva. ¡Qué miedo tiene! No tengais tan mala opinion de mi, hija mia: os habeis visto en peligro, y os he sacado de él: abrigaba cierta idea respecto á vos..... hé aqui todo. Ni yo os profeso el menor rencor, ni vos me debeis el mas pequeño reconocimiento; yo he obrado para mi provecho, y vos para el vuestro.... conque estamos en paz.

—¡Oh, caballero! ¡Cuánta bondad! ¡Cuán generoso sois!

Y Oliva echó los dos brazos, en vez de uno solo, á los hombros de

Cagliostro.

Pero mirándola este con su calma habitual , le dijo:

—Ya veis , pues , Oliva , que si ahora me ofreciéseis vuestro amor, yo....

—¡ Qué!... exclamó ella rubori-zándose.

—Si ahora me ofreciéseis los encantos de vuestra amable persona, yo me negaria á aceptarlos , porque solo anhelo inspirar sentimientos verdaderos , puros y exentos de todo interés. Me habeis creido egoista , y estais bajo mi dependencia ; os considerais obligada , y yo os veria mas agradecida que sensible, mas tímida que amante ; quedémonos como estamos , ya que en ello cumpla vuestros deseos y me adelanto á vuestra delicadeza.

Oliva dejó caer sus hermosos brazos , y se alejó avergonzada , confundida por aquella generosidad de Cagliostro con la cual no habia con-

tado.

—De modo, mi querida Oliva, dijo el conde, que hemos convenido en que me mireis como un amigo, en que tendreis en mí la mayor confianza: seguireis ocupando esta casa, y siempre estarán mi bolsillo y mi crédito á vuestra disposicion.

—Y siempre diré, añadió Oliva, que en este mundo hay hombres muy superiores á todos cuantos he conocido.

Pronunció estas palabras con un encanto y dignidad tan notables, que quedaron grabadas en aquella alma de bronce, cuyo cuerpo se habia llamado en otro tiempo *Bálsamo*.

—Todas las mugeres son buenas, dijo, cuando se les toca en la cuerda que corresponde al corazon.

Y acercándose á la jóven, prosiguió:

—Desde hoy habitareis el último piso de esta casa, que es habitacion compuesta de tres piezas, distribuidas

en forma de observatorio, sobre el boulevard y la calle de san Claudio: las ventanas caen á Menilmontan y á Belleville. Podrán veros algunas personas; pero nada temais, porque son vecinos pacíficos, gente honrada, sin relaciones, y sin sospechar lo que sois ó lo que podeis ser. Dejad que os vean, aunque sin manifestaros demasiado, y sobre todo sin esponeros á las miradas de los transeuntes, porque los lebreles de Mr. de Crosne suelen rondar por la calle de san Claudio. Allí, al menos disfrutareis de un sol magnifico.

Oliva se puso á palmotear alegremente.

—¿ Quereis que os conduzca a la habitacion? dijo Cagliostro.

—¿ Ahora mismo?

—Sin duda; cuanto antes mejor.
¿ No os agrada?

Oliva miró profundamente á Cagliostro: una esperanza vaga penetró

en su corazón, ó mas bien en su cabeza orgullosa y perversa.

—Vamos, contestó.

El conde cogió un farol en la antecámara, abrió unas tras otra muchas puertas, y subiendo despues una escalera, llegó, seguido de Oliva, al tercer piso y al aposento que habia designado.

Oliva notó que estaba dispuesto y amueblado con elegancia.

—¡Cualquiera diria que me esperan aqui! exclamó admirada.

—No á vos, pero á mí sí, respondió el conde; porque me gusta la vista que ofrece este pabellon, y muchas veces paso en él la noche.

Las miradas de Oliva se cubrieron de esas tintas salvajes y fulgurantes que suelen notarse en los párpados de los gatos.

Una palabra iba á desprenderse le sus labios; pero Cagliostro no le la dejó pronunciar, pues le dijo:

— Nada os faltará aquí, y vuestra doncella vendrá dentro de un cuarto de hora. Buenas noches, señorita.

En seguida desapareció, despues de dirigir á Oliva un profundo saludo, corregido por una graciosa sonrisa.

La pobre cautiva cayó consternada, desfallecida, en el lecho que se veia preparado en una elegante alcoba.

— Nada comprendo de todo cuanto me sucede, murmuró siguiendo con los ojos á aquel hombre, verdaderamente incomprensible para ella.

EL OBSERVATORIO.

Oliva se acostó despues de haberse ido la camarera que le habia enviado Cagliostro.

Durmió poco, porque los pensamientos que habia despertado en ella su conversacion con el conde, hicieron que pasase una noche llena de caprichosas imaginaciones y de inquietudes soñolientas; no está uno contento por mucho tiempo cuando

es muy rico, y está muy tranquilo despues de haber sido muy pobre y de haberse hallado lleno de mil y mil agitaciones.

Oliva se compadeció de Beausire, y admiró al conde, á quien no comprendia: ya no creyó que fuese tímido, ni sospechó que fuese insensible. Tuvo mucho miedo de que viniese á perturbarla algun sífido mientras dormia, y el menor rumor que llegaba á sus oidos le producía esa agitación tan conocida por toda heroina de novela que pasa la noche en la *Torre del Norte*.

Con el alba desaparecieron todos aquellos terrores, que no dejaban de tener algunos encantos.... Nosotros no tememos inspirar sospechas á Mr. Beausire; podemos aventurarnos á decir que Nicolasa no vió llegar la hora de la completa seguridad sin experimentar algun resto ó sombra de despecho coqueton. Matiz incomprendible para todo pincel que no

ha trazado la firma de Wateau y para toda pluma que no ha firmado Marivaux ó Crebillon (hijo).

Asi que llegó el dia se tomó la libertad de dormir, saboreando la voluptuosidad de observar en su floreciente alcoba los purpúreos rayos del sol naciente, y de ver correr los pájaros por el terrado de aquella ventana, donde sus alas se rozaban en agradable y débil rumor con las hojas de los rosales y jazmines.

Ya era muy tarde cuando se levantó: habria pesado sobre sus párpados dos ó tres horas de suavísimo sueño, y hallándose mecida por el rumor de la gente en la calle, y las imágenes suaves del descanso, se sintió sin embargo bastante fuerte para buscar el movimiento, sobrado fuerte para permanecer en el sosiego y en la ociosidad.

Entonces recorrió todos los rincones de su nueva habitacion, en la

que no habia logrado hallar aquel incomprendible é ignorante sílfido ninguna trampa que le llevase en torno de su lecho batiendo las alas, y eso que los génios del aire, gracias al conde de Gavalis, no habian perdido en aquel tiempo ni la mas minima parte de su inocente reputacion.

Aquel cuarto, amueblado como para que habitase alli una muger, habia servido antes á un hombre. Alli se veia todo cuanto puede hacer agradable la vida, y principalmente luz y aire, esos dos elementos que convertirian los calabozos en jardines, si el aire y la luz lograsen puenetrar alguna vez en los calabozos.

Con mucho gusto describiríamos la alegría infantil, es decir, completa, con que Oliva corrió al terrado y se tendió sobre las losas entre las flores y el musgo, como una culebra que sale de su nido, si no

tuviéramos que pintar su asombro cada vez que el menor movimiento le proporcionaba un nuevo espectáculo.

Al principio, tendida como acabamos de decir, con el objeto de que no la viesen desde la calle, miró por entre los hierros del balcon las copas de los árboles de los boulevares, las casas del barrio Popincourt, las chimeneas, cuyas olas desiguales de humo subian por su derecha.

Así, inundada por el sol y con el oído atento al ruido de las carrozas y de los coches, no muy comunes en verdad, pero que al fin corrian por el boulevard, estuvo sin moverse y llena de alegría dos horas seguidas.

Hasta se desayunó con el chocolate que le sirvió su camarera, y leyó una gaceta, antes de que se le ocurriese la idea de mirar á la calle.

Era un placer muy peligroso.

Los corchetes de Mr. de Grosne, esos perros humanos que husmean el viento echando la nariz al aire, podían verla. ¿Y no sería eso despertarse de un modo espantoso y funesto después de haber tenido tan suave y dulce sueño?

Pero, por muy buena que fuese la posición horizontal, no podía durar mucho tiempo. Nicolasa se levantó sobre un codo.

Entonces vió las hogueras de Menilmontant, los grandes árboles del cementerio, los millares de casas que se estendían por la cuesta desde Charonne hasta los cerrillos de Chaumont en ramilletes de verdura y sobre los tajos de las escarpadas rocas, cubiertas de matorrales y espinosos cardos.

En todas partes, por los caminos (delgadas cintas, que ondulaban por el desigual terreno), por las sendas de las viñas, por las blancas

travesías, se veían séres vivientes, aldeanos tratando sobre sus asnos, niños escardando la tierra, viñeros poniendo los racimos al sol. Aquella rustiquez dejó encantada á Nicolsa, que habia suspirado siempre por la hermosa campiña de Taverney, desde que la habia dejado para satisfacer sus ardientes deseos de ver á París.

Acabó sin embargo por hartarse de ver el campo, y como habia tomado una posicion cómoda y segura en sus flores, como sabia mirar sin esponerse al riesgo de que la viesén, bajó las miradas de la montaña al valle, y del horizonte lejano á las casas de enfrente.

En todas partes, es decir en el espacio que pueden abrazar tres casas, vió Oliva todas las ventanas cerradas, ó entornadas. Aquí tres pisos habitados por viejos censualistas colgando jaulas al aire libré, ó dando de comer á sus gatos dentro

de la habitacion; alli cuatro pisos en que únicamente se ponía al alcance de la vista el habitante de Auvernia, dando á entender que los demas vecinos habian salido de campo. En fin, hácia la izquierda, en la tercera casa, vio cortinas de seda amarilla, flores, y como muebles dignos de aquella elegancia, una blanda butaca junto á la ventana, esperando sin duda á su propietario.

Oliva creyó distinguir en aquel cuarto, cuya negra oscuridad desvanecía el sol, una especie de sombra ambulante que andaba con movimientos regularizados.

Limitó á aquel solo punto su impaciencia, se ocultó mejor que hasta entonces, y llamando á su camarera entabló conversacion con ella, para trocar los placeres de la soledad por los de la compañía de una criatura pensadora, y sobre todo charlatana.

Pero la camarera guardó mucha

reserva, faltando de este modo á las antiguas tradiciones de su clase. No tuvo dificultad en explicar á su señorita todo lo que se veia en Belleville, Charonne y el cementerio del padre Lachaise; habló de la iglesia de San Lorenzo; demostró la curva que describía el boulevard, y su inclinacion hácia la orilla del Sena; pero al llegar á sus vecinos, la camarera no halló palabras con que espresarse: los conocia tanto como su señorita.

Oliva se quedó sin saber quién vivia en el piso claro-oscuro, adornado con cortinas de seda amarilla: nada supo acerca de la sombra ambulante, ni acerca de la butaca.

Viendo que no podia tener el gusto de conocer de antemano á su vecina, calculó que tal vez podria adquirir aquel conocimiento por sí misma, y en esta confianza despidió á la criada, discreta en estre-

mo, para entregarse á su exploracion sin testigos de vista.

No tardó en presentarse una ocasion. Los vecinos empezaron á abrir sus puertas, á dormir sus siestas despues de comer, ó á vestirse para ir al paseo de la plaza Real ó al del Camino verde.

Oliva los contó. Eran seis que, aunque diferentes entre sí, tenian mas de un punto de contacto, como conviene á personas que han tenido la idea de ir á vivir á la calle de San Claudio.

Oliva pasó gran parte del dia en ver sus gestos y en estudiar sus hábitos: ella les pasó revista, menos á la sombra agitada, que sin presentar el rostro habia llegado á tomar asiento en la butaca inmediata á la ventana, y se hallaba absorta en su inmóvil abstraccion.

Era una muger. Habia tenido puesta su cabeza en manos de su peinadora, y que habia edificado

en hora y media sobre su cráneo y sus sienas uno de aquellos edificios babilónicos en cuya composicion entraban minerales y vegetales, y en la que hubieran entrado hasta animales si Leonard hubiera tomado cartas en el asunto, y si una muger de aquel tiempo hubiera consentido en convertir su cabeza en arca de Noé con habitantes y todo.

Aquella muger asi peinada, empolvada, adornada y llena de lentejuelas, se habia vuelto á sentar en la butaca, con el cuello sostenido por almohadas bastante duras para que aquella parte del cuerpo mantuviese el equilibrio de todo él, y permitiese que permaneciera intacto el monumento de la cabeza, sin temer los temblores de tierra que pudieran conmovier su base.

Como estaba tan inmóvil se parecia mucho á los dioses indios clavados en sus sitiales, y cuyos ojos fijos, gracias á la fijeza de su pen-

samiento, giraban tan solo en torno de sus órbitas: centinelas y activísimos servidores, aquellos ojos bastaban para el servicio del ídolo, á quien servían segun las necesidades del cuerpo ó los caprichos del espíritu.

Oliva observó que la muger de los polvos y la butaca era muy linda; que su pie, colocado entre los hierros de su ventana y encorvado sobre una chinela de raso color de rosa, era delicado y airoso: admiró en fin la redondez de sus brazos y de su garganta.

Pero lo que mas le llamó la atención fue lo profundamente absorta que estaba en su pensamiento, pensamiento que se dirigia á un objeto invisible y vago; pensamiento en tal manera imperioso, que condenaba á todo el cuerpo á la inmovilidad, y lo anonadaba con la sola fuerza de su voluntad.

Aquella muger, á quien hemos

conocido ya , aun cuando Oliva no podia conocerla , no sospechaba que nadie estuviese viéndola. Jamás se habia abierto ninguna ventana enfrente de las suyas. La casa de Cagliostro , á pesar de las flores que habia encontrado Nicolaia , y de los pájaros que habia visto volar , jamás habia descubierto á nadie sus secretos , y á no ser los pintores que habian adornado su fachada , ningun ser viviente se habia presentado en sus ventanas.

Una palabra será suficiente para explicar este fenómeno , contradicho por la fingida permanencia de Cagliostro en el pabelloncito. El conde habia mandado preparar por la tarde aquella habitacion para Oliva , como si la hubiera mandado preparar para sí , y no parecia sino que se habia mentido á sí mismo , segun lo cumplidamente que se habian ejecutado sus órdenes.

La señora del soberbio peinado

seguia absorta aun en sus pensamientos, y Oliva creyó que siendo tan hermosa y estando tan distraida, solo podia pensar en algun amor desgraciado.

Semejanza en hermosura, en soledad, en edad, en hastío, ¡cuántas circunstancias, cuántas verdaderas simpatías para que se uniesen aquellas dos almas que tal vez se buscaban ya, impulsadas por las misteriosas, irresistibles é inesplicables combinaciones del destino!

Desde que Oliva habia visto á tan solitaria pensadora no habia podido apartar de ella los ojos.

Habia cierta pureza moral en aquella atraccion de una muger hácia otra muger. Rasgos tan delicados son mas comunes de lo que generalmente se cree entre los seres desgraciados cuyo cuerpo ha llegado á ser el principal agente de sus funciones vitales.

Pobres proscriptas del paraiso

espiritual, se acuerdan con dolor de sus perdidos jardines y de los ángeles risueños que se ocultan bajo sus sombras misteriosas.

Oliva creyó ver un alma hermana de la suya en aquella hermosura retraída. Inventó una historia, novelesca semejante á su historia, y se figuró en su sencilla ingenuidad que era imposible ser bella y elegante y vivir perdida enteramente en la calle de San Claudío, sin tener alguna desgracia que deplorar en la vida pasada, ó alguna terrible inquietud en el fondo del alma.

Cuando acabó de forjar con bronce y diamante su fábula novelesca, Oliva, como todas las personas cuya naturaleza forma escepcion, se dejó arrebatarse por aquel encanto, y tomó alas para correr por el espacio al encuentro de su compañera, á quien, entusiasmada é impaciente, hubiera querido ver tambien volar con alas semejantes á las suyas.

Pero la dama del monumento en la cabeza no se movia, y parecia que estaba durmiendo en su asiento. Habian pasado dos horas sin que hubiera alterado en lo mas minimo su absoluta inquietud.

Oliva se desesperaba. No hubiera hecho por Adónis ni por Beausire la cuarta parte de los movimientos que hizo por llamar la atencion de aquella muger desconocida.

Cansada ya y pasando de la ternura á la violencia, abrió y cerró mil veces la ventana, asustó mil veces á los pájaros que se hallaban en el follaje, é hizo movimientos telegráficos tan peligrosos, que los mas estúpidos agentes de Mr. de Crose, si hubieran pasado por el bulevar ó por la esquina de la calle de S. Claudio, no hubieran dejado de reparar en ella ni de concebir algunas sospechas.

En fin, Nicolasa se persuadió a que la señora de las hermosas tren-

as habia visto perfectamente todos sus gestos y comprendido todas sus señales, y á que por consiguiente la despreciaba: sospechó que seria vanidosa ó idiota: pero ¿como habia de ser idiota quien tenia ojos tan finos, tan graciosos, pies tan movedizos y manos tan inquietas? ¡Imposible!

Vanidosa, sí: vanidosa como podria mostrarse en aquel tiempo toda muger de la nobleza con toda muger del estado llano.

Oliva, observando en la fisonomía de la jóven todos los caracteres de la aristocracia, acabó por convencerse de que era orgullosa, y por lo tanto incapaz de emociones.

Abandonó su empresa.

Le volvió la espalda con una morisqueta graciosísima, y se colocó otra vez al sol, que ya declinaba hácia el ocaso, para volver á la sociedad de sus flores, complacientes compañeras, que nobles y ele-

gantes y llenas de polvo, y coquetas como las mas encopetadas señoras, se prestaban sin embargo á que las tocase y á que respirase su aroma, y pagaban con perfumes, frescura y contactos estremecedores el beso de la amistad ó del amor.

Nicolasa ni aun sospechaba siquiera que aquella muger á quien tenia por orgullosa, era Juana de Valois, condesa de La Motte, quien desde el dia anterior andaba á caza de una idea combinada.

Tampoco sospechaba que el objeto de aquella idea era impedir que se viesen la Reyna y el Cardenal de Rohan.

Ni aun sospechaba que un interés todavía mayor exigia que el Cardenal, sin ver nunca á la Reyna, creyese firmemente que la veia con frecuencia, y que por consiguiente se contentara con aquella vision y abandonase el deseo de verla en realidad.

Ideas graves; excusas muy legítimas de la firmeza de pensamiento en la condesa; motivo suficiente para que no moviese la cabeza en el espacio de dos horas mortales.

Si Nicolasa hubiera sabido todo esto, no hubiera ido colérica á refugiarse entre las flores.

Si lo hubiera sabido, una vez puesta allí, no hubiera dejado caer una meceta que fue á parar á la desierta calle metiendo un ruido espantoso.

Oliva se asustó y miró á la calle para ver qué trastorno habia causado.

La dama pensativa se despertó al ruido, vió los tiestos en la calle, y subió del efecto á la causa; es decir, levantó los ojos del pavimento de la calle al terrado de la casa.

Y vió á Oliva.

Al verla no pudo menos de lanzar un grito salvaje, hijo del terror, y que terminó en un movimiento ra-

pidísimo, hecho por su cuerpo, tan inmóvil y tieso poco antes.

Al fin se encontraron las miradas de Oliva y de la dama, y se preguntaron mutuamente, y trataron de penetrarse unas á otras.

Juana exclamó inmediatamente:

— ¡La Reyna!

Y luego de repente juntando las manos y frunciendo las cejas, sin atreverse á hacer el menor movimiento por temor de que desapareciera tan estraña vision:

— ¡Oh! murmuró; ¿no buscaba yo un medio á propósito? ¡Pues este es el mejor!

En aquel momento oyó Oliva ruido á sus espaldas y se volvió rápidamente.

El conde estaba en su habitacion, y habia observado todo y notado aquellos movimientos.

— ¡Se han visto! dijo.

Oliva se apartó inmediatamente del balcon.

LAS DOS VECINAS.

Desde el momento en que las dos mugeres se vieron, fascinada Oliva por la gracia de su vecina, no afectó despreciarla; antes bien, volviéndose con precaucion al centro de las flores, contestó con graciosas sonrisas á las sonrisas que aquella le dirigia.

Cagliostro, cuando la visitaba,

no habia dejado de recomendarle la mayor circunspeccion.

—Sobre todo, le habia dicho, no cultiveis relaciones de vecindad.

Estas palabras habian caido como una siniestra amenaza sobre la cabeza de Oliva, que ya se prometia una satisfaccion halagüeña con las miradas y saludos de su hermosa vecina.

No cultivar relaciones era lo mismo que volver las espaldas á aquella muger encantadora, cuyos ojos eran tan brillantes y lánguidos, cuyos movimientos respiran otras tantas seducciones; era lo mismo que renunciar á seguir una correspondencia telegráfica acerca de la lluvia y el buen tiempo; era lo mismo que romper abiertamente con una amiga. La imaginacion de Oliva habia llegado ya á tal punto de entusiasmo, que Juana era para ella un objeto curioso y querido.

La muy astuta respondió á su protector que se guardaria muy bien de desobedecerle, y que, al contrario, no establaria la menor relacion con la vecindad. Pero no bien se retiró Cagliostro cuando voló al balcon, y puso en práctica cuanto le pareció oportuno para absorver toda la atencion de su desconocida.

Esta, como debe suponerse, no deseaba otra cosa, pues á las primeras sonrisas que le fueron dirigidas, contestó con mil saludos y besos dirigidos por sus lindos dedos.

Oliva por su parte correspondió lo mejor que pudo á aquellas demostraciones amistosas, y observó tambien que la desconocida no abandonaba ya el balcon, y que siempre dispuesta á enviarle un adios al retirarse ó un saludo al salir, parecia haber concentrado todas sus facultades cariñosas en el balcon de Oliva.

A semejante estado de cosas debia seguir muy pronto una tentativa para hacer mas próxima y directa la comunicacion.

He aqui, pues, lo que sucedió:

Cagliostro, al visitar á Oliva dos dias despues, se quejó de una visita que habia tenido lugar en aquella morada, hecha por una persona desconocida.

—¿Cómo asi? preguntó Oliva algun tanto ruborizada.

—En efecto, contestó el conde; una dama muy linda, jóven y elegante se ha presentado aqui, y ha hablado con uno de los criados, atraido por su insistencia: en seguida ha preguntado al doméstico por la jóven que habita el pabellon del tercer piso; es decir, por vos. Esa muger os designaba seguramente y queria veros: esto significa que os conoce, que tiene sus miras y que tal vez os han descubierto. Cuidado,

pues: la policía cuenta con mugeres-espías, lo mismo que con hombres-agentes, y os prevengo que no podré negarme á entregaros si Mr. de Grosne os reclama.

Oliva, en vez de asustarse, reconoció al momento el retrato de su vecina, agradecióle infinitamente el paso que habia dado, y resuelta á demostrarle este sentimiento por cuantos medios pudiese, supo disimular con el conde.

—¿Y no temblais? dijo Cagliostro.

—Nadie me ha visto, contestó Nicolasa.

—Es decir, que no sois vos á quien querian ver.

—No lo imagino.

—Sin embargo, para adivinar que en este pabellon hay una muger... ¡Ah! Cuidado.... cuidado.

—¿Y porqué he de temer, señor conde? repuso Oliva: si me han visto, lo que no creo, no me verán mas;

y si me vuelven á ver, será de lejos, porque la casa es inaccesible, ¿no es verdad?

—Habeis acertado; es inaccesible, observó el conde, porque á menos de escalar las paredes, lo cual no es fácil ó de abrir la puertecilla de entrada con una llave como esta, lo que tengo por imposible, porque nunca la suelto.

Y hablando asi, enseñaba á Oliva la llave que le servia para entrar por la puerta baja.

—Pues bien, prosiguió; como no me interesa el perderos, á nadie prestaré esta llave, y como ninguna ventaja sacareis de caer entre las manos de Mr. de Crosne, tampoco dejareis escalar los muros. Asi que, hermosa mia, ya estais avisada, y podeis obrar como mejor os parezca.

Oliva hizo mil protesta, y se apresuró á acompañar al conde, que no insistió en permanecer alli por

mas tiempo.

Al dia siguiente á las seis de la mañana ya estaba Nicolasa en el balcon , observando cuanto sucedia en la vecindad , y dirigiendo ávidas miradas á las persianas de su cortés amiga.

Esta , que por lo regular no se levantaba antes de las once ; ocupó su puesto no bien se presentó Oliva. Cualquiera hubiera dicho que tambien espiaba la ocasion propia para dejarse ver

Las dos jóvenes se saludaron , y Juana , inclinándose fuera de la ventana , miró hácia todas partes para ver si alguno podia oir su voz.

Nadie se mostraba en el barrio , y tanto la calle como las ventanas estaban desiertas.

Puso entonces las dos manos junto á la boca , formando una especie de bosina , y con esa entonacion vibrante y sostenida , que no es un grito , pero que conduce la voz á

mayor distancia que la natural, dijo á Oliva:

—He querido visitaros, señora.

—¡Silencio! exclamó Oliva, retirándose asustada.

Y aplicó un dedo á sus labios.

Juana tambien se ocultó detrás de las cortinas, figurándose la presencia de algun indiscreto; pero casi al mismo tiempo volvió á presentarse, tranquilizada por la sonrisa de Nicolasa.

—¿Con que no se os puede ver? preguntó.

—¡Ah! contestó Oliva haciendo un ademan.

—Esperad, repuso Juana; ¿se os pueden dirigir cartas?

—¡Oh! no, gritó Oliva alarmada.

Juana reflexionó algunos momentos.

—Oliva, para darle las gracias por su tierna solicitud, le envió un beso encantador, al que Juana

correspondió con otros dos, despues de lo cual unió los postigos de las ventanas y se retiró.

Oliva creyó que su amiga habia encontrado algun recurso, porque su imaginacion se revelara en su última mirada.

Juana volvió á aparecer dos horas despues: el sol brillaba con toda su fuerza, y el piso de la calle abrasaba como si estuviese formado con las arenas del desierto.

Oliva vió presentarse á su vecina con una ballesta: Juana le hizo riéndose una seña para que se separase.

Obedeció nuestra jóven, y riéndose como su compañera, se refugió detrás del balcon.

Apuntando Juana con cuidado, disparó una balita de plomo, que en vez de entrar por el balcon, dió por desgracia con uno de los barrotos de hierro, y cayó á la calle.

Oliva arrojó un grito; pero Juana, despues de mover los hombros en señal de rabia, buscó con la vista su proyectil en la calle, y en seguida desapareció de la venta por algunos minutos.

Inclinada Oliva, miraba hácia abajo á tiempo que llegó á pasar un trapero registrando á derecha é izquierda. Nicolasa nada supo, porque tuvo que ocultarse para no ser vista.

La segunda tentativa de Juana fue mas feliz, pues su ballesta introdujo por encima del balcon en el retrete de Oliva otra bala que contenia un billete enrollado y concebido en estos términos:

«Me interesais mucho, bellísima dama, pues sois para mí encantadora, y os amo desde que os he visto. ¿Estais cautiva? ¿Sabeis que en vano he pretendido visitaros? ¿Me permitirá por ventura el encantador que os tiene encerrada acercar-

me á vos para manifestaros la simpatía que me inspira una pobre víctima de la tiranía de los hombres?

»Poseo, como ya conocéis, una buena imaginacion para servir á mis amigas. ¿Queréis ser una de ellas? Parece que no podeis salir; pero sin duda podeis escribir, y como yo salgo cuando quiero, esperad á que pase por bajo de vuestro balcon, y echadme la respuesta.

«Si el juego de la ballesta os parece peligroso ó temeis que se descubra, adoptemos otro método de correspondencia mal fácil. Dejad caer desde el balcon al oscurecer un ovillo de hilo: atad á él vuestro billete; yo haré lo mismo con los míos, y asi podremos entendernos.

«Creed que, si vuestros ojos no son traidores, cuento con que correspondereis algun tanto al afecto que me habeis inspirado, y con que entre las dos seremos capaces de ven-

cer al mundo entero.

Vuestra amiga.

«P. D. ¿Habeis reparado si alguno ha cogido en la calle mi primer billete?»

Juana no firmaba, y aun habia tenido cuidado de desfigurar su letra.

Oliva se estremeció de placer al recibir el billete al cual contestó con el siguiente:

«Os amo como vos me amais; soy en efecto una víctima de la maldad de los hombres: pero el que aqui me guarda es un protector y no un tirano; viene á visitarme una vez al dia; pero esto os lo explicaré mas adelante. Prefiero á la ballesta el nuevo método del ovillo de hilo para nuestra correspondencia.

«¡ Ah! Es cierto; no puedo salir; estoy encerrada bajo de llave; pero por mi propio bien. ¡ Cuántas

cosas tendria que deciros si tuviese la satisfaccion de hablar con vos. Son demasiados pormenores para escritos.

«Un inmundo trapero que pasaba es quien ha recogido vuestro primer billete; pero esa gente no sabe leer, y en el plomo no ven mas que plomo.

»Vuestra amiga.

OLIVA LEGAY.»

Oliva firmó resueltamente con todas sus letras.

En seguida hizo á la condesa el gesto de dividir un hilo, y esperando á que llegase la noche, descolgó el ovillo hasta la calle.

Juana estaba ya en ella, cogió el hilo y quitó el billete, movimientos que adivinó Nicolasa por medio del hilo conductor; hecho esto, volvió á entrar en su casa para leer.

Media hora despues ataba al hilo protector un billete, que contenia estas palabras:

« Se consigue todo cuanto se quiere; no teneis guardias de vista, pues siempre os veo sola; de modo que debeis ser dueña de recibir visitas y aun de salir. ¿Cómo se cierra vuestra casa? ¿Con llave? ¿Quién la tiene? ¿El hombre que os visita? ¿Y guarda con tanto esmero esa llave que no se la podeis quitar, ó al menos sacarla en cera? Aqui no se trata de cometer una felonía, sino de procuraros algunas horas de libertad, y de dar algunos paseos del brazo de una amiga, que os consolará en vuestras desgracias, y os devolverá mas que lo que habeis perdido. Se trata tambien, si asi lo quereis de proporcionaros una libertad completa. Ya trataremos de esto con todos sus pormenores en la primera entrevista que tengamos.»

Oliva devoró este billete, y sin-

tió subírsele a las megillas la fiebre de la independendia, y aguijonear su corazon el deseo voluptuoso de la fruta prohibida.

Ya habia reparado que el conde cada vez que entraba á visitarla y á llevarle algun libro ó alguna alhaja, dejaba su linterna sorda sobre un velador, y la llave sobre la linterna.

Oliva preparó de antemano un pedazo de cera, y en ella estampó las señales de la llave en la primera visita que la hizo Cagliostro.

Este no volvió la cabeza una sola vez, y en tanto que ella ejecutaba aquella operacion, se entretuvo en mirar las flores recientemente abiertas. Oliva pudo, pues, llevar á cabo su proyecto con tranquilidad.

El conde se marchó al fin, y ella dirigió á Juana la cera estampada, que Juana recibió con un bi-

lletito.

Al dia siguiente, á eso del medio dia, la ballesta, medio extraordinario y espedito, medio que era á la correspondencia por el hilo lo que el telégrafo es hoy al correo ordinario, arrojó un billete que decia asi:

«Querida mia: esta noche á las once, despues que se retire vuestro celoso, bajareis, descorrereis los cerrojos, y os recibirán los brazos de la que se repite vuestra amiga.»

Oliva se estremeció de alegria con mas fuerza que cuando recibia los dulcissimos billetes de Gilberto en la primavera de sus amores y de sus primeras citas.

Bajó á las once, sin que antes hubiese observado en el conde la menor sospecha: encontró á Juana, que la abrazó tiernamente, haciéndola entrar en una carroza hallada en el boulevard, y aturdida, palpi-

tante, temblando, dió con su amiga un paseo de dos horas, durante las cuales cambiaron ambas mil secretos, mil besos y mil proyectos para el porvenir.

Juana fue la primera que aconsejó á Oliva volviese á entrar en su casa, para que su protector no concibiese el menor recelo: acababa de saber que aquel protector era Cagliostro; temia el genio de este hombre, y solo encontraba seguridad para sus planes en el mas profundo misterio.

Oliva se habia entregado sin reserva; sus relaciones con Beausire, su temor á la policia, todo lo habia confesado.

Juana se habia fingido soltera y de buena familia, añadiendo que vivia con un amante, contra la voluntad de sus parientes.

Una de ellas lo sabia todo; la otra todo lo ignoraba: tal era la amistad jurada entre aquellas dos mu-

geres.

Desde aquella noche no tuvieron necesidad de acudir á la ballesta, ni aun al hilo, porque Juana conservaba la llave y hacia bajar á Oliva con arreglo á su capricho.

Una delicada cena, un paseo furtivo eran lazos que servian á Oliva de estímulo para dejarse prender.

—¿Nada descubre Mr. de Calgiostro? preguntaba algunas veces Juana con inquietud.

—¡Bah! Aun cuando yo misma se lo dijese, no me creería, contestaba Oliva.

Ocho dias de escapadas nocturnas se convirtieron en una costumbre, en una necesidad y en un placer. A los ocho dias el nombre de Juana era repetido por los labios de Oliva con mas frecuencia que nunca lo habian sido el de Gilberto y el de Beausire.

LA CITA.

Cuando Mr. de Charny llegó á sus tierras y se hubo encerrado en su casa despues de cumplir las primeras visitas , cuando el médico le ordenó que no recibiese á nadie ni abandonase su habitacion , ejecutó con tanto rigor este precepto que ningun habitante del canton volvió á ver al héroe de aquel combate naval , que tanto ruido habia he-

cho en Francia, y al cual deseaban conocer todas la jóvenes, porque era notoriamente intrépido y tenido por buen mozo.

Charny no estaba, sin embargo, tan enfermo de cuerpo como se creia: solo se hallaba afectado del corazon y de la cabeza; pero, ¡qué enfermedad! Sentia un dolor agudo, incesante, irresistible; el dolor de un recuerdo que quema; el dolor de una desdicha que hace pedazos la existencia.

El amor es solo una nostalgia: el ausente llora un paraíso perdido en vez de llorar una patria material, y aun se puede admitir, por poca aficion que haya á la poesía, que la muger querida es un paraíso algo mas material que el de los ángeles.

Mr. de Charny no pudo sufrir tres dias de método; furioso al ver contrariados todos sus sueños por la imposibilidad y por la distancia hi-

zo publicar en todo el canton el precepto higiénico del facultativo de que hemos hablado, y confiando el cuidado de la puerta de su casa á un criado de confianza, salió de ella por la noche y montado en un caballo corredor, pero de movimientos suaves, á eso de las ocho estaba ya en Versalles alquilando una casita situada detrás del parque, por conducto de su ayuda de cámara.

Aquella casa, que habia sido abandonada desde la trágica muerte de uno de los empleados en la caza de lobos, que en ella habia perecido, convenia á Charny, quien deseaba ocultarse alli mas bien que en sus tierras.

Estaba decentemente amueblada; tenia dos puertas, una que comunicaba á una calle solitaria, y otra que conducia hácia la ronda del parque, al paso que desde las ventanas de la parte del Mediodía podia Charny examinar las veredas de los

sotos reales; porque aquellas ventanas, cubiertas de parras y de yedras, no eran otra cosa que unas puertas algo elevadas para cualquiera que quisiese saltar desde ellas al parque.

Esta circunstancia, bastante rara ya en aquel tiempo, era un privilegio concedido al inspector de la caza, á fin de que pudiese, sin incomodarse, vigilar los lebreles y los faisanes de S. M.

Aquella soledad agradó á Charney sobre todo. ¿Era porque se habia enamorado del paisaje? Pronto lo sabremos.

Despues de instalarse en su morada: de haber cerrado todas las salidas y asegurádose de la respetuosa curiosidad de los vecinos, Charney, olvidado de todos, dió principio á un género de vida, cuya idea hará estremecer á cualquiera que en este valle de lágrimas haya amado, ó al menos oido hablar de amor.

En menos de quince dias se puso al corriente de todas las costumbres de palacio y de sus guardias, hasta el punto de saber la hora fija en que los pájaros bajaban á beber en los arroyuelos, y la en que corrian los siervos por el bosque, olfateando la persecucion con el hocico levantado. Se enteró de los momentos de silencio, de los de paseo de la Reyna y de sus damas, del minuto en que aparecian las rondas; en una palabra, vivió desde lejos con todos cuantos respiraban en Trianon, que era el templo de sus locas adoraciones.

Y como la estacion era hermosa, como las noches perfumadas y tranquilas concedian mayor libertad á sus ojos y mas dulces recuerdos á su alma, pasaba mucha parte de ellas en su ventana, espiondo los sonidos lejanos que el palacio despedia, y siguiendo por los huecos del ramaje el juego caprichoso de las

luzes puestas en movimiento hasta la hora de acostarse.

Pronto dejó de parecerle suficiente la ventana, porque se veía muy distante de aquel ruido y de aquellas luces. Saltó desde su aposento al musgo, seguro de no encontrar en tal momento perros ni guardias, y se entregó al peligroso, al encantador deleite de llegar hasta la senda del primer soto, que separaba la espesura del argentado espacio iluminado por la luna, á fin de contemplar desde allí las sombras negras y pálidas que señalaban las blancas cortinas de los régios salones.

De este modo veía á la Reyna todas las noches sin que ella lo sospechase. Se habia acostumbrado á reconocerla desde un cuarto de legua, cuando atravesando los jardines acompañada de las damas ó de algun personaje adicto, jugaba con la sombrilla chinesca que resguar-

daba su gorro adornado de flores.

Ningun otro paso, ninguna otra actitud podia hacer que se equivocase: conocía todos los vestidos que usaba la Reyna, y adivinaba, en medio de las hojas del parque, el magnífico chal verde con listas de negro moaré, que hacia ondular su cuerpo por medio de un movimiento casto y seductor.

Y cuando la vision habia desaparecido; cuando la noche, haciendo huir á los paseantes, le habia permitido observar desde las estátuas del peristilo las últimas oscilaciones de aquella sombra amada, volvía Charney á su ventana, volvía á mirar desde lejos la viva luz de la habitacion de la Reyna, y entonces vivía de recuerdos y de esperanzas, como acababa de vivir de vigilancia y admiracion.

Una noche, despues de haberse retirado, y dado el adios de costumbre á la sombra ausente,

cuando ya el rocío de las estrellas comenzaba á destilar sus blancas perlas sobre las hojas de la yedra, iba Charny á abandonar la ventana para acostarse, cuando el ruido de una cerradura le llamó la atención: volvió, pues, al observatorio y escuchó.

La hora era ya avanzada, pues en el reloj de la parroquia daban las doce de la noche, y se repetían en las mas apartadas de Versalles; Charny por lo mismo estrañó aquel ruido, al cual no estaba acostumbrado.

La cerradura rebelde pertenecía á una puertecilla del parque, situada como á unos veinte y cinco pasos de la casa de nuestro jóven, la cual nunca se abría, á escepcion de los dias de cacería grande.

Charny notó que las personas que abrían la puerta no hablaban, y que volvieron á cerrar los cer-

rojos, y se acercaron al sendero practicado debajo de las ventanas de su vivienda.

El emparrado y las enredaderas cubrian los postigos y gran parte de las paredes; de modo que no podian distinguirse desde abajo en medio de la oscuridad de la noche.

Por otra parte, los que habian penetrado hasta alli andaban de prisa é inclinaban la cabeza, y Charny distinguió confusamente dos bustos: solo por el crugido de los vestidos reconoció que eran dos mugeres, cuyas manteletas de seda se rozaban con la enramada.

Estas mugeres, al dar la vuelta á la ancha senda situada enfrente de la ventana de Charny, se encontraron en la claridad que despedia el rayo mas libre de la luna, y el oficial estuvo á punto de lanzar un grito de alegre sorpresa al reconocer el talle y el peinado de María Antonieta, asi como la parte infe-

rior de su rostro, iluminado á pesar del reflejo sombrío de la seda de su gorro. Llevaba en la mano una hermosísima rosa.

Charny se echó al parque desde la ventana con el corazón palpitante, á fin de no ser sentido, corrió por la yerba, ocultándose detrás de los árboles, y siguiendo con sus miradas á las dos mugeres, cuya marcha era cada vez menos rápida.

¿Qué debía hacer? La Reyna estaba acompañada y no corria el menor peligro. ¡Ah! ¿Por qué no iba sola? Hubiera desafiado los mas crueles tormentos por acercarse á ella y decirla postrado de hinojos: «Os amo.» ¿Por qué no la veia amenazada de un gran peligro? Hubiera muerto por salvar tan preciosa vida.

En tanto que soñaba mil tiernas quimeras, las dos mugeres se detuvieron de pronto: una de ellas, la mas baja, dijo algunas palabras á su

compañera, y la dejó:

La Reyna permaneció sola, al paso que la otra muger apresuraba el paso hácia un objeto que Charny no adivinaba todavía. La Reyna, golpeando la arena del parque con su pequeño pie, se arrimó á un árbol, envolviéndose con su manteleta de modo que el capuchon le cubria la cabeza, cuando poco antes ondulaba sobre sus espaldas con sus sedosos pliegues.

Cuando Charny la vió tan sola, y al parecer tan pensativa, dió un salto como para precipitarse á sus pies.

Pero al mismo tiempo reflexionó que le separaban de ella lo meos treinta pasos; que antes de salvar este espacio le veria ella, y que no conociéndole al pronto tendria miedo; que en consecueucia gritaria ó huiria; que sus gritos atraerian á su compañera primero, y despues á algunos guardias; que registrarían el

parque y descubrirían al indiscreto y tal vez su retiro, en cuyo caso darían fin el secreto, la felicidad y el amor.

Se contuvo y obró bien, pues no bien reprimió su irresistible deseo, cuando volvió á presentarse la compañera de la Reyna, aunque no se presentó sola.

Charny distinguió á dos pasos detrás de ella un hombre de buena talla, cubierto con ancho sombrero y una larga capa.

Este hombre, cuyo aspecto hizo temblar á Mr. de Charny de odio y de celos, no se presentaba sin embargo como triunfador. Vacilando, adelantando el pie con timidez, parecia caminar á tientas por la oscuridad como si no tuviese por guia á la compañera de la Reyna, y por objeto á la misma Reyna, que sin duda alguna le aguardaba.

Desde que divisó á María Antonieta no hizo mas que aumentarse

aquel temblor que Charny habia notado en él: el desconocido se descubrió, y puede decirse que barrió el piso del parque con su sombrero, sin dejar de andar. Charny le vió entrar en la sombra y saludar profundamente repetidas veces.

La sorpresa de Charny se habia cambiado en estupor, y pronto iba á convertirse en otra emocion sumamente dolorosa. ¿Qué iba á hacer la Reyna en el parque á una hora tan avanzada? ¿Por qué aquel hombre estaba allí? ¿Con qué objeto habia permanecido oculto hasta entonces? ¿Por qué la Reyna le habia llamado por medio de su amiga en vez de dirigirse hácia él?..

Charny iba á volverse loco. Acordóse, no obstante, de que la Reyna se ocupaba de cierta política misteriosa, y de que solia anudar algunas relaciones con las cortes alemanas, relaciones que disgustaban

al Rey por lo mismo que las habia prohibido.

Tal vez aquel caballero misterioso seria un correo de Schœbrunn ó de Berlin, algun gentil hombre portador de un mensaje secreto, una de las fachas alemanas que Luis XVI no queria ver en Versalles, desde que el Emperador José II se habia atrevido á seguir en Francia un curso de filosofía y de politica crítica al uso de su cuñado el Rey cristianísimo.

Esta idea, semejante al yelo que un facultativo aplica sobre la abrasadora frente de un enfermo, refrescó al pobre Oliverio, le devolvió la serenidad y calmó el delirio de su primera cólera: la Reyna, por otra parte, permanecia en una actitud digna de su rango.

Su compañera, colocada á tres pasos de distancía, inquietada, atenta al menor ruido, como las antiguas dueñas, destruyó, por medio de una

ansiedad complaciente, los nuevos pensamientos de Mr. de Charny; pues, al fin, tan peligroso es verse sorprendido en una cita política, como ver güenza causa el serlo en una cita de amor, y nada se parece tanto á un enamorado como un conspirador: los dos llevan capa por lo regular; los dos oyen perfectamente; los dos tiemblan.

Charny no tuvo mucho tiempo para profundizar estas reflexiones, porque la amiga de la Reyna hizo un movimiento y cortó la plática. El caballero hizo tambien un ademan como para prosternarse, pues sin duda se le permitia ya retirarse despues de la audiencia.

Ocultóse Charny detrás del árbol corpulento, figurándose que aquel grupo, al separarse, iba á pasar en fraccion por su lado: asi que, lo único que debia hacer era comprimir el aliento y rogar á los gnomos y á los silfos que apagasen todos los

ecos del cielo y de la tierra.

Al mismo tiempo creyó ver un objeto que se destacaba de la manteleta de la Reyna; tal vez era una mano: el caballero se inclinó con prontitud, enderezóse al punto con respeto, y huyó, pues no se puede calificar de otro modo la rapidez de su marcha.

Pero fue detenido por la compañera de la Reyna, que le llamó con voz calculada, y cuando se paró le dijo esta palabra:

—Esperad.

El caballero era muy obediente, pues hizo lo que se le ordenaba, y esperó.

Charny vió entonces pasar, á dos pasos de su escondite, á las dos mugeres asidas del brazo: el movimiento causado por el vestido de la Reyna hizo ondular los tallos de algunas plantas que estaban al alcance de su mano.

Aspiró tambien los perfumes que

tanto se habia acostumbrado á admirar; el olor de la verbena mezclada con reseda, doble embriaguez para su recuerdo.

Las mugeres pasaron y desaparecieron.

Algunos minutos despues se presentó el desconocido, de quien nuestro jóven no habia vuelto á acordarse durante el tiempo que la Reyna tardó en llegar á la puerta. Besaba con pasion, con locura una rosa fresca y embalsamada, que sin duda era la misma cuya belleza admiró Charny cuando la Reyna entró en el parque, y que acababa de ver caer de la mano de su soberana.

¡Una rosa! ¡Un beso aplicado á sus hojas! ¿Se trataba por ventura de embajada y de secretos de estado?

Charny creyó perder el juicio: iba ya á arrojarse sobre aquel hombre y á arrancarle la flor, cuando volvió la compañera de la Reyna,

y dijo:

—Venid, monseñor.

Charny creyó hallarse delante de algun príncipe de la sangre, y se agarró con fuerza al árbol para no caer muerto sobre el musgo.

El desconocido echó á andar hacia el lado que indicaba la voz, y desapareció con la dama.

LA MANO DE LA REYNA.

Cuando Charny volvió á su casa, trastornado con tan terrible golpe, no encontró ya fuerzas contra la nueva desgracia que tan rudamente le heria.

De modo que el destino le habia conducido á Versalles y á aquel precioso retiro solo para inspirarle amargos celos, y señalarle las huellas de

un crimen, cometido por la Reyna en desprecio de toda probidad, de toda dignidad régia, de toda fidelidad conyugal.

El hombre recibido de aquella manera en el parque era, á no dudarlo, un nuevo amante. En vano procuró Charny persuadirse, en el delirio de su desesperacion y durante la fiebre de aquella aciaga noche, de que el hombre que habia recibido la rosa era un embajador, y de que la rosa no era mas que una prenda de convencion secreta, destinada á reemplazar una carta que pudiera comprometer.

Nada pudo prevalecer contra sus sospechas, y solo restaba al desgraciado Charny examinar su propia conducta, y preguntarse la causa de haber permanecido pasivo en presencia de tamaña desventura.

Con una mediana reflexion nada era mas facil que comprender el instinto que habia aconsejado aquella in-

movilidad.

En las mas violentas crisis de la vida, la accion brilla momentáneamente en el fondo de la naturaleza humana, y este instinto impulsivo, en los hombres bien organizados, no es mas que una combinacion de las costumbres y de la reflexion llevada hasta el último grado de precipitacion y de oportunidad. Si Charney no habia obrado, consistía en que nada tenia que ver con los asuntos particulares de la soberana; en que si se presentaba como curioso hubiera descubierto su amor; en que haciendo traicion á la Reyna se la hacia á sí propio; en que es muy mala posicion la que ocupa delante de los traidores, á quienes desea convencer, el hombre que se presenta cometiendo el mismo delito que va á echarles en cara.

Si no se habia movido, consistió en que, para llegarse á un hombre honrado con la confianza real,

era preciso arriesgarse á correr la suerte de una querrela odiosa de mal susto, de una especie de emboscada que nunca le hubiera perdonado la Reyna.

Por último, la palabra *monseñor* pronunciada por una de las dos mugeres, era, al parecer, una advertencia saludable, aunque algo tardía, que hubiera salvado á Charny, desgarrándole los ojos en medio de su furor si algo hubiese intentado. ¿Qué hubiera sido de él si atacando con espada en mano á aquel hombre hubiese oído que le llamaban *monseñor*? ¿Qué peso no hubiera adquirido su falta cayendo de tan grande altura?

Tales fueron los pensamientos que ocuparon á Charny toda la noche y la primera mitad del siguiente día. Despues de las doce, nada fue para él el día anterior, quedándole únicamente el ansia calenturienta y devoradora con que aguardaba la nue-

va noche, durante la cual iban tal vez á tener lugar otras revelaciones.

¡ Con cuánta agitacion se puso el pobre Charny en aquella ventana, que era ya su única estancia, el punto obligado de su vida.

La noche llegó, inspirando á nuestro observador fogosos delirantes pensamientos y deseos insensatos.

Los sonidos ordinarios le parecian contener nuevas significaciones. A lo lejos divisó á la Reyna, que atravesaba la galería, acompañada por las personas de la servidumbre que llevaban hachones de viento; la actitud de la Reyna se le antojó pensativa, incierta; la juzgó agitada por la emocion de la noche.

Poco á poco se apagaron todas las luces de servicio, y el parque quedó en el mas profundo sosiego. ¿ Será una quimera el creer que los árboles y las frutas, despues de fatigarse durante el dia en agradar con

sus tesoros las miradas y caricias de los mortales, trabajan en reparar por la noche, el silencio de la soledad, su frescura, sus perfumes y su coquetería? En efecto, las flores y las plantas duermen como nosotros. Charny se acordaba bien de la hora de la cita de la Reyna. Dieron las doce.

El corazón de nuestro jóven amante parecía que iba á estallar dentro del pecho, así fue que se apoyó fuertemente contra el antepecho para sofocar sus latidos, cada vez mas precipitados y violentos.

—Pronto se abrirá la puerta, dijo en voz baja: pronto se descorrerán los cerrojos.

Nada turbaba la paz del bosque.

Charny se admiró entonces al pensar por primera vez que nunca se repite por dos noches seguidas un mismo acontecimiento; que nada era obligatorio en aquel amor

mas que el amor mismo, y que serian sobrado imprudentes los que en tan peligroso sitio no pudiesen pasar dos dias sin verse.

—Secreto aventurado, murmuró Charny, cuando la locura se mezcla en él.

Si; parecia una verdad incontable que la Reyna no repetiría al dia siguiente la imprudencia de la víspera.

De pronto chillaron los cerrojos, y se abrió la puertecilla.

Una palidez mortal cubrió las mejillas de Oliverio, cuando divisó á las dos damas con el mismo traje de la noche anterior.

—Es necesario que esté loca, pensó nuestro jóven.

Las dos mugeres pasaron bajo la ventana de Charny acelerando el paso.

Este volvió á saltar al parque despues que las vió bastante lejos para que no le sintieran, y se pro-

puso desde luego ser prudente, fuerte é impasible; no olvidar que una de aquellas mugeres era Reyna, y que él era súbdito; que ademas, su cualidad de hombre le imponia el deber de ser respetuoso, al paso que ella, como muger, tenia el derecho de exigir ciertos miramientos.

Y como desconfiaba de su carácter fogoso, arrojó su espada detrás de un montecillo de malvas inmediato.

Entretanto llegaron las dos damas al mismo sitio de la víspera; Charny tambien reconoció á la Reyna, y esta se cubrió la cabeza con el capuchon, mientras su compañera fue á buscar al desconocido, á quien llamaban monseñor.

¿En dónde se escondia este? He aqui lo que se preguntaba Charny. En la direccion que habia tomado la oficiosa amiga se hallaba situada la sala de baños de Apolo, resguar-

dada por altos cercados y pilastras de mármol; pero ¿ cómo aquel hombre podia ocultarse allí? ¿ Por dónde entraba?

Charny se acordó de que hacía aquel lado del parque existia una puertecilla, semejante á la que abrian las damas para acudir á la cita: sin duda tenia el desconocido una llave de aquella puerta, por la cual se deslizaba hasta los baños de Apolo, en los cuales esperaba hasta que fuesen á buscarle.

Asi se esplicaba todo, y precisamente se retiraba monseñor por la misma puerta, despues de su entrevista con la Reyna.

Algunos minutos despues distinguió Charny el sombrero y la capa de la noche anterior.

Pero el desconocido no se acercó á la Reyna con la reserva respetuosa del dia anterior: caminaba de prisa sin atreverse empero á correr.

La Reyna , que estaba junto al árbol , se sentó sobre la capa que el nuevo Raleigh estendió para ella , y en tanto que su vigilante amiga acechaba , el enamorado caballero se arrodillaba sobre el musgo , y empezaba á hablar con apasionada rapidez.

La Reyna bajaba la cabeza , sumida al parecer en amorosas meditaciones. Charny no podia oir las palabras del caballero ; pero el eco de ellas aparecia impregnado de poesia y de amor , y cada una de sus entonaciones podia traducirse por una ardiente protesta.

La Reyna no contestaba , y no obstante , el desconocido redoblaba la viveza de sus discursos , pareciendo á veces al desventurado Charny que sus palabras envueltas en armoniosos giros , iban á llegar á herir sus oidos , en cuyo caso le seria preciso morir de dolor y rabia. Pero nada. Cuando la voz se hacia

mas clara , un gesto significativo de la observadora obligaba al apasionado orador á bajar el diapason de sus elegías.

La Reyna seguia callando.

El caballero , á pesar de que ensartaba súplicas sobre súplicas , lo cual adivinaba por la vibrante melodía de sus inflexiones , no obtenia mas que el halagüeño consentimiento del silencio , favor insuficiente para los ardientes labios que han empezado á gustar la ponzoña del amor.

De pronto dejaron escapar algunas palabras los de la Reyna. Al menos esto debió creer Charny ; palabras entrecortadas , muy bajas , que solo podia oir el desconocido , quien apenas las escuchó , cuando en el esceso de su entusiasmo exclamó bastante alto para ser oido :

— ¡ Gracias , gracias , señora mia !
Así , pues , hasta mañana.

Charny sintió correr por su fren-

te un sudor frio , el sudor de la muerte , que se desprendió lentamente por sus mejillas.

El desconocido vió estenderse hácia él las dos manos de la Reyna, y las estrechó entre las suyas, depositando en ellas un beso tan prolongado y tierno , que Charny experimentó mientras duraba, el sufrimiento de todos los suplicios que la fuerza humana ha robado á la mas infernal barbarie.

Despues de aquel beso se levantó la Reyna con viveza , y cogió el brazo de su compañera.

En seguida huyeron ambas, pasando por delante de Charny, como la noche anterior.

El desconocido hizo lo mismo por su parte , y Charny , que no habia podido moverse del sitio en que le tenia clavado un dolor indecible , oyó vagamente el ruido simultáneo de dos puertas que se cerraban.

No trataremos de describir la situacion en que se quedó Charny despues de aquel horrible descubrimiento.

Pasó la noche corriendo como uu loco por el parque y por los senderos, á los cuales echaba amargamente en cara su complicidad criminal.

Loco por espacio de algunas horas, no volvió en sí hasta que la casualidad hizo que tropezase en su carrera con la espada que antes habia dejado á fin de no caer en la tentacion de servirse de ella.

Aquella arma que se enredó entre sus piernas y le hizo caer, le devolvió como por encanto el sentimiento de su fuerza, asi como el de su dignidad. Un hombre que empuña una espada, no puede hacer otra cosa, si aun está loco, que atravesarse con ella ó atravesar á quien le ofende; no tiene ya el derecho de ser débil ni el de mostrar-

se cobarde.

Charny volvió á ser lo que siempre, un espíritu fuerte y un cuerpo vigoroso: empezó á desandar lo andado en su rápida carrera, durante la cual tropezaba contra los árboles, y se dirigió lenta y silenciosamente por la senda marcada por los pasos de las dos mugeres y el desconocido.

Fue á reconocer el sitio en que la Reyna se habia sentado; el musgo, mullido todavia, le revelaba su desdicha y la felicidad de otro. En vez de gemir, en vez de dejar que la cólera se apoderase de él, púsose Oliverio á reflexionar acerca de la naturaleza de aquel amor secreto, y sobre la clase de la persona que lo inspiraba.

Entretúvose, pues, en explorar los pasos del caballero con la fria atencion que hubiera concedido al exámen de los de una bestia salvaje, y reconoció la puerta detras de

los haños de Apolo; subió á la pared, y en la parte opuesta notó señales de caballos, y vió la yerba removida.

—Por aqui viene, pensó Olive-rio, y no de Versailles, sino de Paris: nadie le acompaña, y mañana volverá, porque le han dicho «hasta mañana.»

Devoremos, pues, hasta mañana silenciosamente, no las lágrimas que brotan de mis ojos, sino la sangre que mana de mi corazon.

Mañana será el último dia de mi vida, porque de lo contrario seré un cobarde, nunca habré amado.

Vamos, vamos, añadió tocándose suavemente el corazon como un ginete toca el cuello de su caballo para sosegarlo; paciencia, paciencia y fuerza, ya que la prueba no ha terminado todavía.

Dicho esto, miró á su alrededor, apartó sus miradas del palacio, en el cual temia ver iluminada

la ventana de la pérfida Reyna, porque aquella luz hubiera sido una nueva mentira, una falta mas.

En efecto, una ventana iluminada, ¿no significa que el aposento está habitado? ¿Y por qué mentir así cuando se tiene el derecho de faltar al honor, cuando tan poca distancia hay entre la vergüenza oculta y el escándalo público?

La ventana de la Reyna estaba en efecto iluminada.

— ¡Hacer creer que se halla en su estancia, cuando corre por el parque en compañía de un amante! ¡Ah! ¡Vaya una castidad perdida! añadió Charny con amarga ironía.

—Es demasiado buena la Reyna, supuesto que tanto disimula conmigo: es verdad que tal vez tiene miedo de contrariar á su esposo.

Y esto dicho se hincó con fuerza las uñas en el pecho, y se dirigió apresuradamente á su morada.

—Hasta mañana han dicho, murmuró despues que pasó la ventana: sí, hasta mañana..... para todos, porque mañana, señora, seremos cuatro los que acudamos á la cita.

MUGER Y REYNA.

El dia siguiente trajo nuevas peripecias. A la última campanada de las doce se abrió la puerta, y aparecieron en ella las dos mugeres.

Charny estaba resuelto á reconocer esta noche al feliz personaje favorecido por la Reyna.

Fiel á sus costumbres, aunque no eran inveteradas, echó á andar, ocultándose detrás de las matas; pe-

ro cuando llegó al sitio en que dos dias antes se habia verificado el encuentro de los amantes, no halló en él á nadie.

La compañera de la Reyna conducia á S. M. hácia los baños de Apolo.

Una horrible ansiedad, un nuevo sufrimiento abrumó á Charny. En su inocente probidad no habia pensado que el crimen pudiese llegar á tal punto.

La Reyna, sonriéndose y cuchicheando, se dirigió hácia el sombrío asilo, en cuya entrada la esperaba con los brazos abiertos el gentil-hombre desconocido.

Abriendo por su parte los brazos, entró tambien en él, y la reja se cerró tras ella.

Su cómplice se quedó fuera, apoyado sobre el tronco de un árbol cubierto de follaje.

Charny habia contado demasiado con sus fuerzas, que no podian re-

sistir semejante choque. En el momento en que lleno de ira iba á precipitarse sobre la confidente de la Reyna para desenmascararla, reconocerla, injuriarla y ahogarla tal vez, afluyó la sangre á su cabeza como un torrente desbordado, y le privó del sentido.

Cayó, pues, sobre el musgo, articulando un débil suspiro que fue á turbar de nuevo la tranquilidad del centinela colocado á la puerta del baño de Apolo.

Una hemorragia interior, producida por su herida, que se habia vuelto á abrir, estaba á punto de ahogarle.

Felizmente el frio del rocío, la humedad de la tierra, la fuerte impresion de su dolor, le hicieron recobrar la vida.

Se levantó, pues, vacilante; reconoció el sitio, su situacion; se acordó de lo que le habia sucedido y empezó á buscar lo que queria ha-

llar.

Pero el centinela habia desaparecido, y no se oia el menor ruido. Un reloj de Versalles dió las dos, y Charny comprendió entonces que su desmayo habia sido muy largo.

Sin duda alguna la terrible vision habia desaparecido: Reyna, amante y confidente habian tenido tiempo para huir. Charny se convenció de ello, observando en la parte superior del muro las huellas recientes de haber subido por él un hombre.

Estos vestigios y el destrozo de algunas ramas en las inmediaciones de la verja del baño de Apolo, eran todas las pruebas de conviccion del pobre Charny.

Pasó la noche en un prolongado delirio, que no se habia calmado aun por la mañana.

Pálido como un muerto, envejecido como si por él hubiesen pasado diez años, llamó á su ayuda de

cámara, y se puso un vestido de terciopelo negro, parecido al de un rico del tercer estado.

Sombrío, silencioso, pero concentrando su dolor, se dirigió al castillo de Trianon en el momento en que acababa de ser relevada la guardia; esto es, á las diez.

La Reyna salía de la capilla, donde acababa de oír misa.

A su paso se inclinaban respetuosamente todas las frentes, y se bajaban hácia tierra todas las espadas.

Charny vió á algunas mugeres que se enrojecian del despecho que les causaba hallar bella á la Reyna.

Bella estaba en efecto con sus hermosos cabellos peinados sobre sus sienes; bello era su rostro, con sus facciones delicadas, con su boca risueña, con sus ojos fatigados, pero brillantes con un dulce esplendor.

De repente, al distinguir á Char-

ny al extremo de la calle de árboles se puso encarnada y lanzó un grito de sorpresa.

Charny no inclinó la cabeza, y continuó mirando á la Reyna, que leyó en su mirada una nueva desgracia. La Reyna se acercó á él.

—Yo os suponía en vuestras tierras, señor de Charny, dijo ella con serenidad.

—He vuelto de ellas, señora, dijo con acento breve y casi impolítico.

La Reyna, á quien jamás se escapaba la mas mínima espresion, se detuvo asombrada.

Despues de este cambio de miradas y de palabras casi hostiles, se volvió al lado de las mugeres.

Buenos dias, condesa, dijo con tono amistoso á Mad. de La Motte.

Y le hizo un guiño de *ojos* muy significativo.

Charny se estremeció, pero miró con mas atencion.

Juana, inquieta por esta afectacion, volvió la cabeza.

Charny la siguió como hubiera podido hacerlo un loco, hasta que pudo verle de nuevo el rostro. Después siguió dando vueltas en torno suyo observando sus pasos.

La Reyna, saludando á uno y á otro lado, seguia, sin embargo, los movimientos de los dos observadores.

— ¿Si habrá perdido la cabeza? pensó ella. ¡Pobre mozo!

Y se dirigió de nuevó á él.

— ¿Cómo os hallais, señor de Charny? le preguntó con dulce voz.

— Muy bien, señora; pero, á Dios gracias, menos bien que V. M.

Y saludó de una manera á propósito para asustar á la Reyna mas que la habia sorprendido.

— Alguna cosa tiene, dijo Juana reflexiva.

— ¿Dónde os alojais ahora? continuó la Reyna.

—En Versalles, señora, dijo Oliverio.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres noches, respondió el jóven, dando una singular expresion con la mirada, el ademan y el acento á estas palabras.

La Reyna no manifestó emocion; pero Juana se estremeció.

—¿Teneis alguna cosa que decirme? preguntó la Reyna á Charney con una dulzura angelical.

—¡Oh, señora! replicó este; tengo mucho que decir á V. M.

—Venid, dijo ella precipitadamente.

—Observemos, pensó Juana.

La Reyna se dirigió con presteza á sus aposentos, y no menos agitados que ella la siguieron todos. Lo que pareció providencial á madama de La Motte fue el que pareciese haber buscado ella una entrevista á solas, escitó á algunas personas

á seguirla. Entre estas personas se deslizó Juana.

Cuando la Reyna llegó á su aposento, despidió á Mad. de Misery y á toda su servidumbre.

Hacia un tiempo apacible y nublado: el sol no atravesaba las nubes; pero dejaba penetrar su calor y su luz al través de sus espesas cortinas blancas y azules.

La Reyna abrió la ventana que daba á un pequeño terrado, se instaló delante de su velador lleno de cartas, y esperó.

Las personas que la habian seguido comprendieron poco á poco su deseo de estar sola, y se alejaron.

Charny, impaciente, lleno de cólera, oprimia su sombrero entre sus manos.

—Hablad, hablad, dijo la Reyna; pareceis muy turbado, caballero.

—¿Cómo empezaré? dijo Charny, que pensaba en voz alta; ¿cómo

osaré acusar el honor, acusar la fé, acusar la magestad?

— ¡Qué decís! exclamó María Antonieta volviéndose vivamente y con una mirada chispeante.

— ¡Y sin embargo, no diré mas que lo que he visto! continuó Charny.

La Reyna se puso de pie.

— Caballero, dijo friamente, es muy temprano para que os crea embriagado; y sin embargo, vuestra actitud aqui no es la de un gentil-hombre.

Y ella deseaba verle abrumado por este despreciador apóstrofe; pero él continuó inmóvil.

— Al hecho, dijo, ¿qué es una Reyna? Una muger. ¿Y yo, qué soy? Un hombre, mas bien que un vasallo.

— ¡Caballero!

— Señora, no embrollemos lo que tengo que deciros con una cólera que vendria á parar en locura. Yo

creo haber probado que tenia respeto por la magestad real; yo temo haber probado que tenia un amor insensato por la persona de la Reyna. Así, pues, elegid: ¿á cuál de las dos, á la Reyna ó á la muger, quereis que este adorador lance una acusacion de oprobio y de deslealtad?

—¡Mr. de Charny! exclamó la Reyna palideciendo y dirigiéndose hácia el jóven; si no salís de aqui os haré echar por mis guardias.

—¡Voy, pues, á deciros antes de ser echado, por qué sois una Reyna indigna y una muger sin honor! exclamó Charny ébrio de furor. Durante tres noches he estado en vuestro parque.

En vez de verla estremecerse á este golpe terrible, como esperaba, Charny vió á la Reyna levantar la cabeza y aproximarse á él.

—Mr. de Charny, le dijo tomán-

dole la mano : os hallais en un estado que me causa lástima : vuestros ojos centellean ; tiembla vuestra mano , palidecen vuestras megillas , toda vuestra sangre afluye al corazon. Sufrís ; ¿ quereis que llame ?

— Os he visto , sí ; os he visto , repitió friamente ; os he visto , con ese hombre cuando le habeis dado la rosa ; cuando os ha besado las manos ; cuando habeis entrado con él en los baños de Apolo.

La Reyna se pasó la mano por la frente , como para asegurarse de que no dormia.

— Veamos , dijo ; pero sentaos , porque vais á caer al suelo si no os sostengo ; sentaos , os digo.

Charny se dejó caer en efecto sobre un sillón ; la Reyna se sentó á su lado en un taburete , y tomándole las manos y penetrando con sus miradas hasta lo mas íntimo del corazon de aquel.

— Tranquilizaos , le dijo ; apaci-

guad el corazón y la cabeza, y repetidme lo que acabais de decir.

—¡ Oh! quereis matarme, murmuró el desgraciado.

—Dejad que os pregunte. ¿ Cuándo habeis vuelto de vuestras tierras?

—Hace quince dias.

—¿ Dónde habitais?

—En la casa del montero, que he alquilado espresamente.

—¡ Ah, sí! ¿ En la casa del suizo, al extremo del parque?

Charny hizo un ademan afirmativo.

—¿ Hablais de una persona que habeis visto conmigo?

—Hablo en primer lugar de vos, á quien he visto.

—¿ Dónde?

—En el parque.

—¿ Qué dia, y á qué hora?

—El Martes á media noche, por primera vez.

—¿ Decís que me habeis visto?

— Como os veo ahora, y tambien he visto á la persona que os acompañaba.

— ¿ Me acompañaba una persona ?
¿ La reconoceríais si la viéseis ?

— Ahora poco me parece haberla visto aqui ; pero no me atreveria á afirmar que fuese ella. Me ha parecido ser su mismo aire ; por lo que hace al rostro , siempre se oculta cuando se va á cometer un crimen de la misma especie.

— Bien , dijo la Reyna tranquilamente ; no habeis reconocido á mi compañera , sino á mí....

— ¡ Oh ! á vos , señora , os he visto.... ¡ esperad !.... ¿ No os veo ahora ?

La Reyna dió en el suelo algunos golpes de ansiedad.

— ¿ Y ese compañero , continuó , á quien he dado una rosa.... porque me habeis visto dar una rosa ?

— Sí , á ese caballero jamás le he vuelto á encontrar.

— ¿Le conoceis sin embargo ?

— Se llama *monseñor* ; es todo lo que sé.

La Reyna se golpeó la frente con un furor concentrado.

— Proseguid , dijo ; el Martes he dado una rosa.... ¿ y el Miércoles ?

— El Miércoles habeis dado á besar vuestras dos manos.

— ¡ Oh ! murmuró ella mordiéndose las manos.... En fin , ¿ el Jueves , ayer ?...

— Ayer habeis pasado hora y media con ese hombre en la gruta de Apolo , donde vuestra acompañante os ha dejado solos.

La Reyna se levantó con impetuosidad.

— ¿ Y.... vos.... me habeis.... visto ? dijo tartamudeando cada sílaba.

Charny levantó una mano al cielo en ademan de jurarlo.

— ¡ Oh ! murmuró la Reyna arrebatada de furor.... ¡ lo jura !

Charny repitió solemnemente su

ademan acusador.

—¿ A mí, á mí ? dijo la Reyna golpeándose el pecho; ¿ me habeis visto?

— Sí, á vos; el Martes, llevábais vuestro vestido verde con listas doradas; el Miércoles vuestro vestido de grandes ramos azules y amarillos. Ayer, ayer, el vestido de seda de color de hoja seca que teniais puesto cuando por primera vez os besé la mano. ¡ Érais vos, sí, vos ! ¡ Sí, y muero de dolor y de vergüenza al repetiros por mi honor, por mi Dios, erais vos, señora, erais vos!

La Reyna se puso á dar largos pasos por el terrado, cuidándose poco de dejar ver su estraña agitacion á los espectadores que desde abajo la devoraban con la vista.

— Si yo hiciese un juramento, dijo, si yo jurase tambien por mi hijo, por mi Dios.... Como vos, tengo yo tambien un Dios.... ¡ No, no me cree ! ¡ no me creeria !

Charny bajó la cabeza.

— ¡Insensato! añadió la Reyna sacudiéndole la mano con energía y arrastrándole del terrado á su habitacion. ¡Es una muy rara voluptuosidad la de acusar á una muger inocente irreprensible! ¡es un honor muy brillante el deshorrar á una Reyna!.... ¿Me crees cuando te digo que no es á mí á quien has visto? ¿Me crees cuando te juro sobre un crucifijo que hace tres dias no he salido despues de las cuatro de la tarde? ¿Quieres que te pruebe con mis damas, con el Rey que me han visto aqui, que no podia estar en otra parte? No..... no..... ¡No me cree, no me cree!

—Lo he visto, replicó friamente Charny.

— ¡Oh! exclamó de repente la Reyna; ya sé lo que es; ya sé lo que es. ¿No me ha sido ya arrojada al rostro esa atroz calumnia? ¿No se me ha visto en el baile de la Opera escandalizando á la corte? ¿No

se me ha visto en casa de Mesmer, estasiada, escandalizando á los curiosos y á las mugeres públicas? ¡Bien lo sabeis vos que os habeis batido por mí.

—Señora, en ese tiempo me he batido porque no lo creia. Hoy no me batiria, porque lo creo.

La Reyna alzó al cielo sus brazos agarrotados por la desesperacion, y dos lágrimas ardientes rodaron de sus megillas á su seno.

— ¡Dios mio, dijo; inspiradme un pensamiento que me salve! ¡No quiero que él me desprecie, Dios mio!

Charny se sintió profundamente conmovido por esta sencilla pero vigorosa invocacion, y se tapó los ojos con las manos.

La Reyna guardó silencio por un instante; en seguida, despues de haber reflexionado, dijo:

—Caballero, me debeis una reparacion. Ved aqui la que exijo de

vos. Decís que me habeis visto una noche en el parque en compañía de un hombre. Sabeis, sin embargo, que se ha abusado ya de la semejanza que una muger, no sé cuál, tiene conmigo en su aire y en su rostro; conmigo, Reyna desgraciada; pero pues que preferís creer que soy yo quien emprendia estas correrías durante la noche; pues que decís que soy yo, volved al parque á la misma hora, volved á él conmigo. Si es á mí á quien habeis visto ayer, será imposible que me volvais á ver hoy, pues que estaré á vuestro lado. Si es otra, ¿por qué no la hemos de ver juntos? Y si la vemos, ¡ah! sentireis, caballero, todo lo que acabais de hacerme sufrir.

Charny, oprimiendo su corazón con ambas manos, murmuró:

—Habeis hecho demasiado por mí, señora: merezco la muerte; no me confundais con vuestra bondad.

—¡Oh! os confundiré con pruebas, dijo la Reyna. No digais una palabra á nadie: esta noche, á las diez, esperad solo á la puerta de la montería, lo que he decidido para convenceros. Id, caballero, y no dejeis traslucir nada.

Charny se arrodilló sin pronunciar una palabra, y salió.

Al llegar al extremo del salon pasó involuntariamente por delante de Juana, quien parecia querer penetrar su corazon con la vista, y se hallaba dispuesta á entrar con toda la demas gente en el cuarto de S. M. tan pronto como fuese llamada.

MUGER Y DEMONIO.

Juana habia notado la turbacion de Charny, la solicitud de la Reyna, y el afan de ambos por trabar conversacion, con lo cual una muger de la imaginacion de la condesa de La Motte, tenia bastante y le sobraba para adivinar muchas cosas; escusamos añadir por tanto lo que todos nuestros lectores habrán comprendido ya.

Después de la entrevista de Oliva y Juana, tan hábilmente preparada por Cagliostro, parécenos también que la comedia de las tres últimas noches no necesita de comentarios.

Juana, pues, regresó á la cámara de la Reyna, donde, haciéndose toda ojos, y oídos, y examinando el semblante de María Antonieta, procuró adquirir las pruebas de lo que sospechaba.

La Reyna, empero, se habia ido acostumbrando poco á poco á desconfiar de todo el mundo, é inutilizó los esfuerzos de la astuta investigadora que, mal de su grado, tuvo que atenerse únicamente á conjeturas.

La condesa, no obstante, habia tenido la precaucion de mandar á uno de sus lacayos que fuera siguiendo los pasos á Mr. Charny, y el espía regresó de allí á poco á anunciarle que el señor conde se habia metido en una casa situada al estre-

mo del parque, cerca del reloj de Olmedillas.

—Vamos, se dijo Juana interiormente, ese hombre está enamorado, y lo ha visto todo.

Al poco rato, y habiendo oído que la Reyna decía á su camarera mayor: «Mad. de Misery, me siento un poco indispuesta, y esta noche me acostaré á las ocho,» sus sospechas fueron tomando mayor cuerpo.

Estas sospechas llegaron á ser para ella semi-realidades, cuando, insistiendo la dama de honor, oyó á María Antonieta decir terminantemente:

—Esta noche no recibiré á nadie.

—¡Bah! esclamo Juana para sí; esto es mas claro que la luz del dia; seria preciso ser muy necia para no comprenderlo.

Entregada á las emociones de la escena que acababa de pasar con Charny, tardó muy poco á despe-

dir la servidumbre, de lo cual se dió Juana mil parabienes, aun cuando era la primera vez que le sucedia desde su presentacion en la corte.

— ¡Las cartas están muy barajadas! pensó la condesa: ¡marchemos á París! ya es tiempo de que empiece á deshacer lo hecho.

Y asi diciendo, partió al punto de Versailles.

Al llegar á su casa de la calle de San Claudio, encontró 'en ella un magnífico regalo de bisutería que le habia mandado el Cardenal aquella misma mañana.

La condesa echó una mirada indiferente sobre el regalo, á pesar de que este era de bastante precio, y se puso á mirar por entre la cortina hácia la habitacion de Oliva, cuyas ventanas no estaban abiertas aun. La prisionera de Cagliostro, fatigada sin duda de cansancio, se hallaba durmiendo; aquel dia hacia

un calor insoportable.

Juana se hizo conducir acto continuo al palacio del Cardenal, á quien encontró de buen humor, henchido y hasta insolente de orgullo y alegría. Sentado delante de su magnífico bufete, obra maestra de Boule, hallábase su eminencia muy ocupado en rasgar y volver á escribir cien veces una carta, que siempre comenzaba de una misma manera, y que nunca lograba concluir.

Cuando su ayuda de cámara se presentó á anunciarle la llegada de la condesa, el prelado se apresuró á salirle al encuentro, exclamando:

— ¡Cuánto celebró el veros, amiga mia!

Juana recibió tranquilamente los besos con que cubrió sus manos el Cardenal, y en seguida fue á colocarse cómodamente para sostener de la mejor manera posible la conversacion.

Monseñor debuló por una sarta de protestas de reconocimiento y de gratitud, que no carecian de cierta elocuente sinceridad.

Juana se apresuró á interrumpirle, diciéndole:

—¿Sabeis, monseñor, que sois un amante delicadísimo, y que tengo que daros las mas espresivas gracias?

—Por qué?

—No váyais á figuraros que es por el bonito regalo que me habeis mandado esta mañana. sino por la precaucion que habeis tenido de mandármelo á la casita. Semejante proceder, repito, no puede ser mas delicado: esto me convence de que vuestro corazon no se prostituye; se dá.

—¿Quién puede igualaros á vos en delicadeza? replicó el Cardenal.

—¡Lisonjero! Pero, hablando de otra cosa, ¿sabeis, monseñor, que vuestra cara revela hoy tal rego-

cijo, que pareceis un dios triunfante?

— No quiero negároslo, condesa; á decir verdad, me ahoga el gozo, y me embarga hasta el punto de hacerme insoportable la vista de los demas hombres: mi estado presente me hace recordar la fábula pagana del Júpiter que estaba abrumado con sus rayos.

Juana se sonrió al oír estas palabras.

— ¿Venís de Versalles, condesa? la preguntó ávidamente el Cardenal.

— Sí.

— ¿Sí?... ¿la habeis visto?

— En este momento acabo de separarme de ella.

— Y *ella*.... ¿no os ha dicho nada?

— ¡Bah! ¿qué quereis que me dijera?

— Perdonad, amiga mia; pero mi curiosidad raya casi en hidrofobia.

— Lo siento ; mas no me preguntéis nada.

— ¡ Oh ! condesa.

— Que no , os digo.

— Y me lo decís de una manera, que cualquiera en mi lugar os creería portadora de una mala noticia.

— No me obligueis á hablar , monseñor.

— ¡ Condesa ! Condesa....

Y el Cardenal palideció al pronunciar estas palabras.

— Ya sé , continuó , que una grande dicha se parece mucho al punto culminante de la rueda de la fortuna ; junto al apogeo está el principio de la declinacion. Asi , pues , ningun reparo tengais en comunicarme cuanto sepais , aun cuando sea una desgracia.... ¿ Pero no es verdad , condesa que por ahora no tengo que temerla ?

— Lo que voy á deciros , monseñor , mas bien que desgracia , debería llamarla una gran felicidad, re-

plicó Juana.

—¿Qué es, amiga mia, qué es?...
¿Qué quereis decir? ¿A qué llamais una gran felicidad?

—A que no háyais sido descubier-
to, respondió secamente Juana.

—¡Oh! exclamó el Cardenal son-
riéndose; con las precauciones y la
ínteligencia de dos corazones, se-
cundadas por un talento:...

—Un talento y dos corazones,
monseñor, no impiden nunca á dos
ojos perspicaces ver al través de la
espesura....

—¡Cómo!! Nos han visto! escla-
mó Mr. de Rohan asustado.

—Tengo motivos muy poderosos
para creerlo así.

—Entonces... ¿nos habrán reco-
nocido también?

—¡Oh! en cuanto á eso, me pa-
rece que no; porque, si os hubie-
ran reconocido, si ese secreto hu-
biera llegado á adivinarlo otro cual-
quiera, Juana de Valois se hallaria

ya al fin del mundo, y vuestra eminen-
cia sabe Dios dónde.

— Es verdad; pero ¡por piedad!
condesa, no me abruméis con esas
reticencias, que me están abrasando
á fuego lento. Decidme, pues, lo
que hay. Comprendo muy bien que
nos hayan visto: pero, en resumi-
das cuentas, no podrán decir mas
sino que han visto algunas personas
paseándose en el parque. ¿Está pro-
hibido esto por ventura?

— ¡Preguntádselo al Rey.

— ¡Cómo! ¡El Rey lo sabe!

— ¡Otra que tal! si el Rey lo
supiera, ya estaríais vos en la Bas-
tilla y yo en un encierro. Pero
como una desgracia evitada equi-
vale á dos prometidas dichas, ven-
go á deciros que no tenteis á
Dios.

— ¿Qué significa esto, condesa?
esclamó el Cardenal.

— ¿No me habeis comprendido?

— No; pero si he de deciros la

verdad, me infundís miedo.

— Yo también lo tendré si no os dignais tranquilizarme.

— ¿Y qué es preciso hacer para ello?

— Que no volvais á Versailles.

El Cardenal se estremeció al oír estas palabras.

— ¡Que no vuelva á Versailles! repitió; pero..... ¿eso será por el día?

— ¡Ni de día ni de noche!

Mr. de Rohan volvió á estremecerse, y soltó la mano de la condesa.

— ¡Es imposible! exclamó.

— Permitidme, monseñor, que á mi vez os mire cara á cara. ¿Habeis dicho que eso es imposible? ¿Tendreis la bondad de decirme por qué?

Porqué arde ya en mi pecho un amor que no se extinguirá sino con la vida.

— Ya lo supongo, repuso Juana

irónicamente; y por llegar cuanto antes á obtener ese resultado, ninguna duda me cabe de que persistireis, en volver al parque. Sí, monseñor, volveréis, y vuestro amor terminará con vuestra vida, porque ambos serán cortados de un mismo golpe.

—¡Cuántos terrores, condesa! ¡vos que tan valiente os mostrábais ayer!..

—Mi valor tiene muchos puntos de contacto con el de las bestias: yo no tengo miedo mientras no hay peligro.

—Pues yo, condesa, poseo la bravura peculiar de los de mi raza, y no me considero feliz sino á presencia del riesgo.

— Perfectamente; pero en ese caso permitidme que os diga....

—¡No me digais nada, condesa, no me digais nada! exclamó el enamorado príncipe; el sacrificio está hecho, y echada la suerte. ¡Venga, pues, la muerte cuando quie-

ra; pero que venga acompañada del amor! Insisto por lo tanto en volver á Versalles.

—Volvereis solo, dijo la condesa.

—¿Tendriais valor para abandonarme? preguntó el Cardenal con tono de reconvencion.

—Si, monseñor; yo tendria ese valor la primera.

—Pero *ella*, en cambio, vendrá; no lo dudo.

—Os engañais, señor Cardenal, *ella* tampoco irá.

—¿Qué oigo! ¿venís acaso á anunciármelo así de parte suya? preguntó Mr. de Rohan temblando.

—Ese es precisamente el golpe que tenia que daros, y que estoy procurando atenuar hace media hora.

—¿Con que es decir que ya no quiere verme?

—Esa es la verdad, y yo soy quien se lo ha aconsejado.

—Permitidme, señora, que os di-

ga, repuso el prelado amargamente, que haceis mal en sepultar el cuchillo en un corazon cuya ternura conoceis.

—Peor seria mil veces el consentir que dos criaturas locas se perdiesen por falta de un buen consejo. Yo he cumplido con mi deber, dándolo: ahora tómelo el que quiera.

—Condesa, condesa, primero morir.

—Haced lo que os parezca: eso último no me parece muy difícil.

—Muerte por muerte, dijo el Cardenal con acento sombrío, prefiero el fin del réprobo. Bendito sea el infierno, si he de encontrar en él á mi cómplice.

—Como prelado, acabais de proferir una terrible blasfemia, dijo Mad. de La Motte; como súbdito, vais á tratar de destronar á vuestra soberana; como hombre, vais á labrar la pérdida de una muger.

El Cadenal volvió á asir de la mano á la condesa , y empezó á decirle con delirio :

—Confesad , por Dios , que no os ha dicho eso , y que no se halla dispuesta á renegar de mí.

—Os he hablado en su nombre.

—¿ Pero ella no pedirá mas que un corto plazo ? insistió el Cardenal.

—Entendedlo asi si os place; pero por de pronto procurad cumplir su órden.

—No es el parque el único sitio donde podemos vernos : hay otros mil parajes mas seguros. Vamos , condesa , ¿ se ha decidido al fin la Reyna á venir á vuestra casa ?

—Silencio, monseñor , no pronuncieis sobre esto una palabra mas : con vuestro secreto llevo sobre mí un peso mortal , y me faltan ya las fuerzas para soportarlo por mas tiempo : yo conozco á la Reyna perfectamente , y lo que no ha-

rian ni vuestras indiscreciones, ni la casualidad, ni la malevolencia de un enemigo, serian capaces de hacerlo sus remordimientos. Yo la considero muy dispuesta para confesarlo al Rey en un momento de desesperacion.

— ¡Dios mio! exclamó Mr. de Rohan; ¿seria capaz de hacer eso?

— Si viéreis el estado en que se encuentra, os daria compasion.

— ¿Qué recurso tomaremos? preguntó el Cardenal levantándose precipitadamente.

— Ninguno, mas que depararla el consuelo del silencio.

— Va á creer entonces que me he olvidado de ella.

Juana se encogió de hombros.

— Me acusará de que soy un cobarde.

— ¡Cobarde, porque quereis salvarla! no creais tal.

— ¿Perdona acaso fácilmente una muger que se prive uno de su pre-

sencia ?

—No juzgueis á esta del mismo modo que me juzgaríais á mí.

—Yo la considero , condesa , grande y fuerte , y la amo por su valentía y por la nobleza de su corazón ; puede contar conmigo por lo tanto , asi como yo cuento con ella. Estoy , pues , resuelto á verla por la última vez , y á decirla hasta lo mas hondo de mis pensamientos ; ella decidirá despues de escucharme , y yo cumpliré sus órdenes con la exactitud que cumpliría el voto mas sagrado.

—Como gustéis , repuso Juana poniéndose en pie ; id si os place á Versailles ; pero vuelvo á repetiros que ireis solo , y os prevengo ademas que al venir aqui he arrojado al Sena la llave del parque. Mientras tanto voy á partir para la Suiza ó la Holanda , y cuanto mas lejos me halle de la bomba , menos temor me causará su estallido.

— ¡ Condesa ! ¿ tendreis ánimo para dejarme solo ? ¡ Oh , Dios mio ! ¿ con quién quereis entonces que hable ya de ella ?

Juana recordó á esta sazón algunas escenas de Moliere , y jamás existió un Valerio insensato que diese á una astuta Dorina contestaciones mas cómodas.

— ¿ No teneis el parque y los ecos ? dijo el Cardenal ; pues bien , enseñadles á pronunciar el nombre de vuestra Amarilis.

— Compadeceos de mí , condesa , ya veis que me hallo sumido en la desesperacion , repuso el prelado con acento conmovido.

— ¡ Pues bien ! replicó Juana con la energía brutal de un cirujano que decide la amputacion de un miembro : si estais desesperado , señor de Rohan , no os dejéis arrastrar por niñerías mucho mas peligrosas que la pólvora , la peste y la muerte misma. Si tanto apego taneis á esa

muger, procurad conservarla en vez de perderla; y si no careceis absolutamente de memoria y de corazon, no envolvais en vuestra ruina á aquellos que os han servido por pura amistad. Yo por mi parte no gusto de jugar con el fuego: de consiguiente juradme no dar un paso para ver á la Reyna, juradme que no hablareis en estos primeros quince dias, y entonces me quedaré, y podré emplearme todavía en vuestro servicio. Si estais decidido por el contrario á arrostrarlo todo para infringir mi prohibicion y la suya, yo lo sabré, y diez minutos mas tarde me pongo en marcha. Veremos entonces cómo salís del apuro.

— ¡Esto es atroz! exclamó el Cardenal: ¡la caída no puede ser mas terrible! ¡Ser precipitado desde la cúspide de la felicidad al abismo de la desgracia! ¡Oh, estoy seguro de que no podré sobrevivir á ella!

— ¡Bah! exclamó Juana al oído

del prelado; no parece sino que la amais de otra manera que por amor propio.

— Os equivocais, condesa, replicó el Cardenal; en el dia la profeso un verdadero cariño.

— Entonces sufrid un poco en beneficio de su felicidad. Con que, ¿en qué quedamos, monseñor? ¿Emprendo el camino de Lausana, ó permanezco á vuestro lado?

— Quedaos, condesa, quedaos; pero deparadme por piedad, un calmante; mi llaga es demasiado profunda y dolorosa.

— ¿Jurais obedecerme en todo?

— En todo: ¡á fe de Rohan!

— ¡Muy bien! entonces ya hemos encontrado el calmante. Os prohibo las entrevistas, pero no las cartas.

— ¿De veras? exclamó el insensato; reanimado con esta esperanza: ¿con que podré escribirla?

— Haced la prueba:

—Y *ella*..... ¿creeis que me contestará?

—Ya haré yo lo posible por obtenerlo.

El Cardenal devoró á besos la mano de Juana, á quien llamó repetidas veces su ángel tutelar.

Considérese cómo se reiria de este epíteto el demonio que habitaba en el corazon de la condesa.

FIN DEL TOMO VIII.















EL COLLAR
DE LA
REYNA

7. 8

FAN
XIX
163d

2

EL COLLAR

DE LA REYNA.



VIII

DE LA REINE

VII